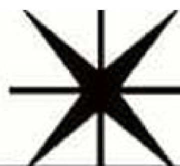


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

clark carrados

HOMBRES-L

CLARK CARRADOS

HOMBRES-L

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53

Barcelona

Dr. Julián, Álvarez, 151

Buenos Aires

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

BIEN mirado, no se podía decir que «Gynt» no fuese un perro. Lo que sucedía era que no se trataba de un can corriente.

«Gynt» medía casi ochenta centímetros de altura por metro y medio de largo, sin contar la cola. El pelaje era abundante y fuerte, pero no demasiado largo. En el lomo, «Gynt» tenía una estremecedora teoría de rayas de color rojo y amarillo, los flancos tendían al anaranjado y el vientre era de color blanco marfil, mientras que las patas eran de color negro.

Los dientes podían hacer mella con facilidad en el acero, cuanto más en la garganta de un adversario, humano o animal. En distancias cortas podía alcanzar los ciento veinte kilómetros a la hora y si se trataba de largas etapas, podía resistir trotando cuarenta o cincuenta kilómetros antes de dar la primera señal de fatiga.

Pocos sabían que en la cola, de más de un metro de larga, tenía a su final un aguijón venenoso, que podía fulminar un buey en treinta segundos. El aguijón, no obstante, estaba escondido en un repliegue cutáneo del extremo del apéndice caudal. Bajo la mandíbula inferior y adosadas a la garganta y al pecho, tenía dos bolsas que la Naturaleza se había encargado de disimular casi por completo y que contenían aire a diez atmósferas de presión.

Aquellas bolsas eran residuos de la acomodación del organismo a las adversas condiciones de vida propias del medio ambiente en que «Gynt» y sus antepasados se habían desarrollado. Porque «Gynt», como todos los de su especie, procedía de Theta IV, del

sistema de Bargalla, de la estrella Rigel, y en aquel planeta el aire no era demasiado abundante.

Además, la gravedad de Theta IV era cambiante, irregular; por lo que la presión atmosférica variaba súbitamente y en ocasiones llegaba casi a cero. Entonces, «Gynt» y sus congéneres sobrevivían a base del aire contenido en aquellas bolsas, quietos, inmóviles, a fin de hacerlo durar más. Claro que a veces no les servían para nada, debido a la excesiva duración de la repentina baja de presión, pero esto ocurría solo en raras ocasiones. Las bolsas de aire comprimido eran un ejemplo viviente de la acomodación de las especies animales al medio ambiente.

Por último, «Gynt» podía ser tan implacable adversario como leal compañero. En estos momentos, desempeñaba el segundo de dichos papeles. Era el fiel acompañante de Jub Desland.

* * *

Aparentemente, Jub Desland contaba unos treinta y cinco años de edad, era muy alto y ancho de hombros, pesaba noventa kilos y poseía una fuerza hercúlea. Pese a que sus movimientos solían ser siempre mesurados, era capaz de moverse con increíble agilidad y dejar atrás a cualquier atleta en una carrera de velocidad.

Tenía los ojos oscuros y el pelo castaño, nariz correcta, mandíbula firme y piel atezada, con el color propio de las personas habituadas al aire libre. El traje era el común a la mayoría de los varones: una blusa suelta, en su caso de color azul claro, y pantalones ajustados, del mismo color, pero de un tono algo más fuerte.

«Gynt» era un animal raro y solía llamar la atención dondequiera que iba. Sin embargo, su amo le ganaba en cuanto a atraer la atención, aunque era la del género femenino humano, puesto que no había mujer que no volviera la cabeza al verle.

Hasta que se fijaban en la insignia que llevaba en el lado superior izquierdo del pecho. Entonces, las mujeres volvían la cabeza al lado opuesto.

Jub ya no hacía caso. Estaba acostumbrado.

Sí, se había habituado ya al desdén de las mujeres que primero le consideraban cómo un hombre atractivo. Pero en cuanto veían aquella placa rectangular, casi cuadrada, de color acero, con dos

letras rojas, con bordes negros, una H y una L, se sentían decepcionadas en el acto.

Porque, para decirlo en tres palabras, Jub era un hombre de laboratorio.

En resumen, un ser humano artificial.

* * *

Jub y su perro caminaban por la acera rodante, dejándose llevar. En la mano izquierda, Jub llevaba un pequeño maletín que contenía todo su equipaje.

Como hombre de laboratorio, Jub tenía prohibido el acceso a determinados lugares. Algunos seres benignos habían tratado de luchar contra aquella ley discriminatoria, pero hasta el momento, sus esfuerzos habían sido nulos. Los prejuicios contra los seres humanos creados artificialmente eran todavía muy grades.

Uno de los lugares que Jub tenía vedados era determinada clase de hoteles: los de lujo, naturalmente.

A Jub no le importaba demasiado; conocía en Crissia, capital del planeta en que ahora se hallaba, a una mujer que le daba hospedaje cada vez que se dejaba caer por allí.

Ciertamente, Jub habría podido pasar por un hombre normal. Habría bastado para ello que se hubiese quitado la insignia infamante.

Algunos lo habían hecho. Tarde o temprano, habían sido descubiertos. Su eliminación había sido instantánea: cámara desintegradora sin juicio previo.

Tales eran las leyes. Ciertamente, por muy artificial que fuese, Jub no estaba dispuesto a correr el riesgo de convertirse en cenizas atómicas. Artificial o no, con discriminaciones o sin discriminaciones, le gustaba vivir.

Crissia era una capital disparatada. Había aceras deslizantes, que se entrecruzaban a distintos niveles, con el fin de evitar saltos innecesarios a los transeúntes. Por lo demás, la arquitectura parecía el resultado de los sueños de diez mil arquitectos dementes y, además, borrachos.

Tan pronto se encontraba uno con una casita con jardín alrededor, como un rascacielos de setecientos metros de altura; o un edificio de siete pisos en forma de pirámide invertida o una casa de

doce plantas sumergida en el fondo de un estanque de cien metros de profundidad. No había problemas de urbanismo.

A Jub le gustaba Crissia. Era la ciudad más libre de todas las que conocía, y había estado en muchas capitales en numerosos planetas de la Galaxia. Podía decirse que Crissia era la expresión de la genuina libertad en todo.

Salvo para degollar al prójimo, naturalmente. Mientras no se molestase al vecino, se podía hacer cualquier cosa.

Tenía que cambiar de dirección, así que se salió de la acera, caminó unos pasos, subió unas escaleras y tomó otra acera rodante. Naturalmente, «Gynt» le seguía con toda puntualidad.

Iba a pasar ante la puerta del Cráter Hotel, el más renombrado de Crissia. Allí era donde le hubiera gustado alojarse, de no haber sido por la insignia. Los clientes disfrutaban de unas comodidades increíbles. No había límites para sus caprichos, siempre que tuvieran el dinero necesario para pagar el capricho.

Un vehículo descendió de las alturas, dirigiéndose a la explanada que había ante el hotel y que terminaba a cinco metros de la acera rodante. Era del tipo comúnmente conocido como alfombra voladora.

Realmente, era más grueso que una alfombra, ya que tenía un espesor de unos diez o doce centímetros. Medía unos tres metros de largo por uno y medio de anchura y estaba ricamente ornamentado. Aunque más bien era una plancha volante —movida por antigravedad—, su relativa delgadez había hecho que le aplicaran el sobrenombre de alfombra voladora.

Un sujeto de rostro impasible pilotaba el vehículo. Tras él, indolentemente reclinada en una pila de almohadones, debidamente sujetos, viajaba una mujer.

La alfombra voladora pasó a medio metro sobre la cabeza de Jub. Ella le lanzó una penetrante mirada. Pronto, vio la insignia y torció el gesto, haciendo una mueca casi de ira.

Jub no se inmutó. El vehículo tomó tierra en la explanada y la mujer se apeó.

Era joven, alta y de cuerpo sumamente esbelto. Vestía lujosamente y tenía una larga y frondosa cabellera rubia que, suelta, le llegaba hasta más abajo de la cintura. Parecía orgullosa de su pelo y daba la sensación de que prefería mostrarlo en todo su

esplendor a sujetarlo en algún complicado peinado.

Su indumentaria consistía en un corpiño de hilos de oro, lleno de diamantes y otras piedras preciosas. El estómago quedaba al descubierto, lo mismo que los hombros, redondos, lechosos; el resto del vestido consistía en una larga falda de tules que llegaba hasta los tobillos, pero abierta por un costado.

A Jub le pareció conocido el rostro de la mujer. Ella, pese a que ya se había dado cuenta de que era un hombre artificial, volvió la cabeza y le miró de nuevo. Jub advirtió entonces que tenía las pupilas intensamente verdes.

Luego, el director del hotel en persona salió a recibirla y Jub siguió su camino, acompañado de «Gynt».

* * *

Elissa Nu le recibió con gran alegría, como cada vez que Jub se dejaba caer por la capital. Abrazó al joven, lo besó, hizo unas cuantas carantoñas a «Gynt» y luego hizo pasar a ambos a la sala de recibo.

«Gynt» se tendió en el suelo. Elissa dijo:

—Te traeré un vaso de vino, Jub. Nativo, pero con doce años.

—Estupendo, Elissa —agradeció Jub.

Elissa era una mujer de mediana edad. Contaba ochenta y dos años, pero ofrecía el aspecto que hubiera tenido una mujer de la mitad de sus años dos siglos antes. Bajita, tirando a regordeta, se había quedado viuda cuatro años atrás.

Su marido había sido policía, por eso iba Jub a alojarse en su casa. Quelt Nu y Jub habían sido grandes amigos y el joven sintió un infinito dolor al enterarse de la muerte de Quelt en un estúpido accidente.

Elissa vino con la botella y una copa sobre una bandeja.

—¿Ha comido «Gynt»? —preguntó.

—No te preocupes de él —dijo Jub, aceptando la copa que ella le tendía—. Voy a quedarme unos días en Crissia, Elissa —añadió.

La mujer movió la cabeza.

—Me imagino a qué vienes, Jub.

—Sí —confirmó él sobriamente.

—Malos, malos tipos los de la P.R.H. —suspiró Elissa—. Debieron extirparlos como se extirpa un miembro gangrenado. Y

eso es lo que son ellos, Jub.

El joven tomó otro sorbo de vino.

—Siempre habrá fanáticos, aun en las épocas y lugares de mayor tolerancia —dijo filosóficamente—. Lo único que se puede hacer es luchar contra ellos.

—Pero son muy fuertes.

—Sí —reconoció Jub—. Triste es decirlo, pero es así. Cuentan con poderosos apoyos y con la simpatía de muchas gentes. Por fortuna, aún tendrían más apoyos si no hubiesen cometido algunos excesos que les han restado no pocas simpatías. Yo me pregunto qué tendrá un hombre normal que no tiene un hombre de laboratorio, Jub.

Entre Elissa y Jub había la suficiente confianza como para tratar del problema sin eufemismos. Jub, por otra parte, no se sentía ofendido.

—No lo sé —contestó él—. Algunos de mis congéneres se quitaron la insignia que la ley nos obliga a llevar. Habrían podido pasar inadvertidos por el resto de sus días, pero fueron descubiertos y no muy tarde. ¿Por qué, Elissa?

—Delaciones, Jub. Los delataron —afirmó la mujer—. Y, ¿sabes quiénes los delataron? En la gran mayoría de casos, mujeres todas. Muchas de ellas eran esposas de un hombre L, pero lo delataron al día siguiente de la boda. O una semana después, lo más tardar las que tuvieron paciencia. ¿No te imaginas por qué, Jub?

El joven la miró sin pestañear.

—Habla, Elissa —invitó.

—Ellas se sintieron decepcionadas —contestó Elissa escuetamente.

Jub asintió.

—Conque era eso —murmuró—. Hasta ahora no me había percatado de que se trataba de una cosa semejante.

—Así es —confirmó Elissa—, porque según se dice, los hombres de laboratorio no podéis tener hijos.

Capítulo II

JUB se quedó muy pensativo. Sí, él lo sabía también. Nunca podría casarse y tener hijos. Físicamente, era un hombre perfecto, pero tan inútil para propagar la especie humana como un tronco de árbol.

—Te has disgustado, ¿verdad?

Jub meneó la cabeza.

—Ya lo sabía —contestó—, aunque no se me había ocurrido relacionar las delaciones con ese… inconveniente. En fin, dejemos este asunto a un lado, Elissa. Tengo que pedirte un favor.

—Sí, Jub, lo que quieras.

—Te daré dinero. Alquila una alfombra voladora a tu nombre. Podría hacerlo yo, pero me conviene discreción.

—Entiendo.

Elissa era también discreta. Conocía la profesión de Jub —el hecho de que fuese un hombre-L no impedía que pudiera desempeñar cualquier oficio— y sabía que, en ocasiones, a Jub le convenía actuar con el máximo de discreción.

—Todavía la lucha contra la P.R.H., ¿eh? —dijo.

—Sí. Hablando imparcialmente, no es lo malo que se metan con nosotros, los hombres-L, sino con todo ser humano que no tiene nuestra figura.

—¡Fanáticos inmundos! —les apostrofó indignada la buena mujer—. Escucha, yo conozco a un matrimonio arturiano. Son iguales que nosotros, salvo por el color de la piel, que es verdoso como tú sabes. Serían capaces de dar la vida por mí… mientras que

un fanático de la P.R.H., que se autotitula depositario de las mejores características de la raza humana, no movería ni un dedo para curarme el más insignificante rasguño.

—Son así, no le demos más vueltas, Elissa —dijo Jub sonriendo.

—Está bien, voy a telefonear pidiendo la alfombra voladora. Haré que la dejen en la ventana de tu cuarto. Es decir, si te quedas a dormir, Jub.

—Probablemente estaré una semana en Crissia —indicó el joven.

Elissa se alejó. Habló brevemente por visófono y luego cerró la comunicación. Acto seguido, se fue a la cocina y volvió a poco con un monumental plato de carne y huesos, que dejó frente a «Gynt».

—Siempre guardo una lata de comida para perros por si aparecéis de improviso —explicó sonriendo—. Luego pediré que me envíen más.

El animal trituraba los huesos como si fuesen simples pajillas. De pronto se oyó un ligero chasquido.

Algo entró en la sala a través de una ranura. Jub se inclinó y recogió el periódico, envuelto en una capa de plástico autosellante. Tiró del rabito de la cuerdecita que permitía la apertura y el plástico se soltó en el acto.

—Me gusta leer el periódico, a pesar de que los noticiarios televisados son muy completos —manifestó Elissa.

Jub asintió. Desplegó el periódico. En la primera plana, se veía el retrato, en colores naturales, de una hermosa mujer.

Era la misma que había visto entrar en el Cráter Hotel.

—¿La conoces? —preguntó Elissa, al observar su gesto de sorpresa.

—La he visto hace unos momentos —contestó él—. Su cara me parecía conocida.

—Es una asidua de las primeras planas de diarios y revistas —dijo la mujer irónicamente—. También es uno de los directivos de la P.R.H.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jub.

Elissa sonrió.

—Los de la P.R.H. no se recatan en decir que lo son. Además su asociación está reconocida legalmente.

—Es cierto — murmuró el joven—. Podrían luchar por sus objetivos de modo pacífico, pero prefieren los medios violentos.

—Y aunque alguno de la P.R.H. es detenido de cuando en cuando, resulta muy difícil condenarle, por no decir imposible. Tú lo sabes bien, Jub.

—Es cierto —contestó él.

Luego leyó el pie de la fotografía:

> La M.I.D. Actea Kintrop, que llegará hoy a nuestra ciudad para asistir a una convención de negocios de la "Murnau Corp", empresa de la que es copresidenta…

—La Murnau es una tapadera para las actividades de la P.R.H. —indicó Elissa—. Mi pobre Quelt me lo decía más de una vez.

—Sí —murmuró Jub preocupadamente.

—Ahí la tienes —dijo Elissa con sarcasmo—. La Muy Ilustre Dama Actea… y te enviaría a la cámara desintegradora si pudiera.

Jub lanzó el periódico a un lado.

—Hasta ahora no, Jub. A propósito, ¿no ha llamado nadie preguntando por mí? Di el número de tu visófono cuando me dirigía hacia aquí. Avísame cuando me llamen, por favor. Ahora, si no te importa, voy a darme un baño.

—De acuerdo.

Jub se metió en el baño. Desprovisto de sus ropas, se contempló unos momentos pensativamente.

Era un hombre absolutamente normal. Razonaba, pensaba, hablaba, se movía, comía y bebía y realizaba todas las funciones orgánicas con la más completa normalidad, como si su nacimiento se hubiese producido de una forma natural y no en un laboratorio.

Entonces ¿por qué habían fracasado todos los matrimonios de hombres-L con mujeres normales?

Era algo que no podía saber, porque no había estado casado nunca. Más todavía, sabiendo que ninguna mujer normal le haría caso, no había osado acercarse a ninguna.

Lanzando un suspiro de resignación, apretó un botón y el agua cayó inmediatamente sobre su cuerpo.

* * *

Cuando salía del baño, vestido nuevamente, oyó la campanita

del visófono. Segundos después, Elissa llamaba:

—¡Jub, es para ti!

Jub se dirigió hacia la sala, situándose oblicuamente respecto a la pantalla del visófono.

Era una precaución. Más de uno había muerto a causa de una descarga de electrones transmitida a través de los hilos visofónicos. Por fortuna, las descargas brotaban de la pantalla perpendicularmente a la misma. Situado en una posición oblicua, eliminaba el peligro.

La pantalla le mostró la cara de un sujeto de su misma edad, más o menos. El hombre dijo:

—¿Desland?

—Sí, yo mismo —contestó Jub.

—No le veo —se quejó el individuo.

—Enseñe las manos —pidió Jub.

—No se fía de mí, ¿eh?

—A decir verdad, no —replicó Jub contundentemente.

—Está bien —el hombre levantó las manos—. No llevo ningún lanzador de descargas electrónicas. Pero tampoco quiero correr el riesgo de dar mi mensaje a un desconocido.

—Conforme —Jub se situó frente al objetivo de la cámara—. Hable.

—Perspectiva Cuarenta, número dos mil ciento diez —dijo el hombre—. Hora, once y media de la noche.

—Muy bien. ¿No hay piso?

—No. Eso es todo. Adiós, Desland.

La figura del hombre se esfumó. Jub cortó la comunicación, muy pensativo.

—Tienes que salir esta noche, ¿verdad? —preguntó Elissa, a sus espaldas.

Jub se volvió.

—Sí —contestó.

Los ojos de Elissa estaban llenos de aprensión. Por la experiencia de su esposo, conocía los riesgos que podía correr su huésped.

—Ten cuidado —rogó.

—Sí, claro —Jub forzó una sonrisa—. Oye, Elissa, soy un hombre-L, de acuerdo, pero a la hora de cenar me convierto en una fiera.

Elissa se echó a reír.

—Descuida, muchacho; cuando te hayas comido todo lo que te tengo preparado, tendrás que aflojar seis puntos a tu cinturón.

* * *

La alfombra voladora estaba adosada exteriormente a la ventana.

Bastaba una ligera ventosa para amarrarla. Los mecanismos de sustentación funcionaban al ralentí, consumiendo un mínimo de energía. En la ciudad, resultaba el vehículo ideal.

Jub había estudiado ya en el plano de Crissia el lugar a donde debía dirigirse. A las once en punto, se despidió de Elissa.

—Despiértame en cuanto vuelvas, aunque no sea más que para saber que has venido —pidió la mujer.

—Claro —contestó él. Acarició la cabezota del can—. «Gynt», lo siento, pero tienes que quedarte aquí.

El perro se tendió inmediatamente a los pies de la cama. Era el sitio que ocupaba siempre cada vez que, con su amo, se hospedaba en casa de Elissa.

La ventana estaba abierta. Jub trepó al vehículo y se sentó en el puesto del conductor. Luego levantó el cuadro de mandos replegable y presionó una tecla.

Las luces de posición se encendieron en el acto. Otro mando le sirvió para desamarrar la alfombra voladora. Agarró la palanca y tiró ligeramente hacia atrás y a su izquierda.

El vehículo se separó del muro, virando lentamente. Una vez en posición, Jub avanzó la palanca y la alfombra voladora se deslizó suavemente hacia adelante.

Para ascender, bastaba con presionar un pequeño pedal. Otro, situado junto al anterior, provocaba el descenso del aparato. Ambos movimientos se realizaban con mayor o menor velocidad, dependiendo ello, en todo caso, de la presión ejercida con el pie.

Otro mando le sirvió a Jub para fijar el rumbo y despreocuparse momentáneamente de la conducción. A la luz de los instrumentos del tablero, examinó el arma de que se había provisto para la expedición.

Parecía una pistola, por su forma y su tamaño, pero no disparaba proyectiles ordinarios. Simplemente, alteraba los campos

temporales.

El arma estaba en condiciones. Había sido graduada para diez minutos de tiempo retrasado. Jub volvió a guardarla en la funda que ocultaba bajo la blusa y se dedicó unos minutos a contemplar el fantástico espectáculo de la ciudad iluminada por millones de lámparas multicolores.

Centenares de luciérnagas volaban en la noche. Eran otras tantas alfombras voladoras, algunas de las cuales se deslizaban a gran velocidad. Un completo y sensible mecanismo detector alteraba instantánea y mecánicamente el rumbo, cuando se hacía inminente la colisión.

Los accidentes por tal causa eran nulos. Jub sintió que el viento fresco de la noche le daba en la cara. Consultó su reloj; aún faltaban veinte minutos para la hora señalada por su comunicante.

Jub tenía que estar en el lugar indicado con toda puntualidad. De este modo, si actuaba con el necesario sigilo, podría sorprender una reunión secreta de los directivos de la P.R.H.

Una amarga sonrisa curvó sus labios hacia abajo. ¡La P.R.H.! Pureza de la Raza Humana. Él era mucho más perfecto que todos los fanáticos empeñados en librar a la Galaxia de seres que no fuesen como ellos. Pero siempre había mentes cerradas, cerebros obstinados en mantener una superioridad racial que no les correspondía en modo alguno.

El vehículo se acercó a su destino. Jub se dispuso a tomar tierra y presionó ligeramente con el pie izquierdo el pedal de descenso.

El aire silbó en sus oídos unos instantes. Segundos más tarde, Jub saltaba al suelo, dejando la alfombra voladora estacionada a unos dos metros de altura. Los transeúntes podrían pasar sin dificultades por debajo y él izarse de nuevo a ella cuando la necesitase para el regreso.

El lugar señalado por su confidente estaba a unos quinientos metros. Jub había juzgado oportuno realizar a pie la última etapa. De este modo, calculaba, podría hacerlo con más disimulo.

Pronto tuvo a la vista un viejo edificio, que daba la sensación de haber servido para almacén en otros tiempos. Estaba situado en un lugar relativamente despejado, casi en los suburbios, y había cierta distancia a los edificios más próximos.

En torno al caserón había un vasto solar, recubierto de

hierbajos. En Crissia se alardeaba mucho de hacer ejecutar las leyes sobre limpieza e higiene, pero, por lo que veía Jub, pasaba igual que en todas las ciudades del mundo.

Había escombros y también alguna que otra rata. Jub divisó un gran portón que daba a la avenida y luego unas cuantas ventanas de buen tamaño, situadas en los muros de mampostería a unos cinco metros del suelo.

En un lado del techo divisó una escotilla. Probablemente sería una trama de acceso a un desván. Jub pensó que aquel era el mejor punto para poder entrar en el viejo almacén.

Se acercó a la pared. No había más que un medio de llegar hasta arriba: su propio cinturón antigravitatorio.

Cuando se disponía a dar el salto, oyó pasos cerca.

Se aplastó contra la pared, fundiéndose con las sombras. Llevaba puesto un traje de una sola pieza, de color gris oscuro, que resultaba aún mejor que el color negro. Un traje negro, contra una pared blanca, aun en la más completa oscuridad, resaltaría enormemente. El gris evitaba este inconveniente.

Había cuatro hombres en la esquina opuesta. Uno de ellos repartió a los demás sendos objetos metálicos.

—Que los vean bien —dijo el individuo, a quien Jub no podía ver las facciones desde donde se hallaba—. Esto es lo más conveniente, ¿enterado? Podéis lanzar también unos cuantos gritos contra la P.R.H.; eso acabará de convencer a los que os contemplen.

—Está bien —contestó uno de los individuos—. ¿Cuándo hemos de empezar a actuar?

—Yo os daré la señal, tosiendo dos veces primero y luego otras dos, delante de mi emisor de radio. Mientras tanto, quitecitos, ¿estamos?

—Sí, señor.

—Muy bien, eso es todo. Si lo hacéis como os he indicado, tendréis una prima doble.

El hombre se dirigió hacia el cobertizo, llegó a la puerta y tocó en ella según un ritmo convenido. Jub no quiso continuar escuchando.

Le interesaba presenciar lo que sucedía en el interior del edificio. Puso en funcionamiento el cinturón antigravitatorio y, de un silencioso salto, se plantó en el tejado del almacén.

Capítulo III

UNA vez arriba, buscó la escotilla y la levantó. Tal como había supuesto, debajo había un desván.

Se descolgó con los brazos. Sacó una linterna y exploró el interior. Una segunda trampilla permitía el acceso al almacén. Se acercó a ella, se tendió en el suelo y la levantó ligeramente.

A través de la ranura pudo ver una serie de hombres y mujeres, la mayoría de ellos, elegantemente ataviados, situados frente, a un estrado o tribuna, donde un orador les dirigía la palabra. Detrás del orador, había una hilera de asientos, todos ellos ocupados.

El número total de asistentes al acto era de unos cincuenta o sesenta. No obstante, el almacén habría podido contener sin dificultades un número mucho mayor.

Los congregados ocupaban varias filas de sillas. En la primera fila, bebiéndose materialmente las palabras del orador, estaba la N.I.D. Actea Kintrop.

La joven vestía ahora un ajustadísimo traje de una sola pieza, de tejido de oro, que ponía de relieve unas curvas firmes y macizas, sin mengua de la esbeltez. Su pelo estaba cuidadosamente recogido en un gran copete piramidal por encima de la cabeza y sujeto por hilillos de oro, en los que se habían ensartado innumerables rubíes.

En torno a la garganta de cisne llevaba un collar de rubíes, de cuatro vueltas. Las piedras tenían el tamaño de la uña del pulgar y eran todas del mismo tamaño y la misma talla.

—Y yo os digo que es necesario que hagamos algo y pronto —decía el orador exaltadamente en aquellos momentos—. Los

hombres-L están invadiéndolo todo: ministerios, gobiernos de provincias galácticas, direcciones de grandes empresas… ¿pues no hay también innumerables agentes de policía? ¿Qué pasará cuando los hombres-L hayan ocupado todos los puestos clave?

»Os lo diré enseguida: nos barrerán a los hombres que procedemos de un nacimiento enteramente natural. Resentidos contra nosotros, nos expulsarán de los sitios en que ahora nos hallamos y nos dominarán y nos sojuzgarán, considerándonos como a esclavos.

»¿Hemos de consentir eso? No me opongo a que se fabriquen hombres-L, pero sí deben salir del laboratorio con una mente inferior a la del hombre natural. Que sean trabajadores manuales, no directivos, eso es lo que pedimos y por lo que debemos luchar sin descanso.

Una salva de aplausos interrumpió al orador. Este tomó unos sorbos de agua y luego, tras alzar las manos para imponer silencio, continuó:

—Y ¿cómo conseguiremos nuestro objetivo? Muy sencillo. Primero, forzando al gobierno para que promulgue una ley por la que se rebaje a los hombres-L actuales a puestos inferiores; y emplearemos la violencia si es preciso para…

De repente, alguien tosió cuatro veces, con un ligero intervalo entre las dos primeras y las dos segundas. Jub buscó al individuo con la vista, pero estaba relativamente alejado de él y no pudo verle las facciones.

La puerta del almacén se abrió súbitamente. Cincuenta o sesenta cabezas se volvieron a un tiempo al oír el ruido.

—¡Vivan los hombres-L! ¡Abajo la P.R.H.!

Los tres intrusos iban armados con sendas pistolas atómicas. Se oyó un histérico chillido de terror.

—¡Muera la P.R.H.!

Las pistolas atómicas empezaron inmediatamente a causar víctimas. Una espantosa confusión siguió al primer disparo.

Dos nubecillas de humo se alzaron en el lugar donde un segundo antes habían estado dos personas. Jub quedó aterrado.

Había esperado una provocación verbal, un lanzamiento de panfletos o de bombas de humo, pero no una matanza ciega e indiscriminada. No sentía ninguna simpatía por los de la P.R.H.,

pero aquello era demasiado.

Actea Kintrop permanecía en pie, demasiado aturdida para intentar huir. En cualquier momento podía recibir un proyectil desintegrante.

Jub terminó de abrir la trampilla y, sin vacilar, se lanzó hacia abajo, con las manos extendidas como si fuese a nadar.

—¡Actea! —gritó, a dos metros del suelo.

La joven se volvió. Divisó al hombre que descendía de las alturas y le contempló con pavor.

Jub se lanzó sobre ella, manejando el cinturón antigravitatorio con una mano, y la agarró por la cintura, iniciando acto seguido la maniobra de ascenso.

—¡Agárrese a mi cuello! —ordenó.

Actea obedeció en el acto. Jub necesitaba una mano libre para manejar el aparato.

Algunos de los asistentes a la reunión habían reaccionado. Sonaron algunos estallidos; había quien tenía una pistola de choque. Otro desenfundó una pistola térmica y abrasó el corazón de uno de los atacantes.

Jub alcanzó la trampilla y pasó al otro lado, depositando inmediatamente a la joven en el suelo. Actea continuaba aturdida.

Abajo había cesado ya la confusión. Los pistoleros, excepto el muerto, habían escapado. El almacén se vació a continuación en menos de un minuto.

Sentada en el suelo, apoyada en una mano, Actea miró al hombre que la había salvado con una expresión mezcla de estupor y agradecimiento.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Jub Desland, Vicecomisario de Policía Galáctica —contestó el interpelado—. Celebro haber podido salvarla de un grave contratiempo, ilustre dama.

—¿Me conoce usted?

—Sí —respondió Jub escuetamente.

—Suelo aparecer mucho en diarios y revistas —manifestó Actea con una mueca—. Pero no le he dado aún las gracias…

De repente, se fijó en la insignia que Jub llevaba al pecho.

—¡Es usted un hombre-L! —exclamó.

—No puedo evitarlo, dama Actea —contestó Jub, con rostro

impasible.

Ella se puso en pie.

—Los pistoleros eran también hombres-L —acusó.

Jub meneó la cabeza.

—No. Eran delincuentes profesionales, contratados para la ocasión por uno de los propios miembros de su organización.

—¿Cómo? ¿Piensa acaso que voy a creerme semejante embuste? —dijo Actea indignamente—. ¿De dónde ha sacado usted tamaña iniquidad?

Jub dirigió la vista hacia el suelo del almacén. Había unas veinte o veintidós manchas grisáceas sobre el suelo encementado. Cada mancha correspondía a una de las personas desintegradas por los disparos de los pistoleros.

Solo quedaba un cuerpo humano tendido sobre el pavimento. Jub hizo una seña.

—Venga —dijo—; se lo demostraré.

Actea se acercó a la trampilla.

—No hay escalera —protestó.

—Bajará de la misma forma que subió.

Ella dio un paso atrás, con aire hostil.

—Cuando me trajo aquí, no había visto su insignia —dijo.

Jub emitió una amarga sonrisa.

—¿Le molesta el contacto con un hombre-L, verdad, dama Actea?

—No me molestaría si, aun procedente de un laboratorio, fuese un hombre de verdad —manifestó Actea hirientemente.

—Comprendo —suspiró él—. ¿Puede aguardarme aquí?

—Sí —respondió Actea lacónicamente.

Jub empleó de nuevo el cinturón antigravitatorio. Momentos después, tocaba el suelo del almacén.

La descarga térmica había abrasado el corazón del pistolero, cuyo cuerpo, por lo demás, no ofrecía otros daños. Jub cargó con el cadáver y lo llevó al desván, lanzándolo a los pies de Actea.

—Ahí lo tiene —dijo.

—Es un hombre-L —insistió ella.

—No nos diferenciamos en absoluto —declaró Jub—. Pero voy a darle algo para que usted misma haga una pequeña investigación y se convenza de que lo que digo es cierto.

Se arrodilló junto al muerto y sacó de un bolsillo dos hojitas de algo que parecía cartulina muy flexible. Cogió la mano del pistolero y aplicó las yemas de los dedos contra una de las hojas.

Luego repitió la operación. Al terminar, entregó a Actea una de las cartulinas.

—Una dama de su rango siempre tiene amistades entre los altos cargos de la Policía —dijo—. Pida que le identifiquen a este hombre.

Actea tomó la cartulina con gesto irresoluto.

—Pero… suponiendo que sea un hombre normal, ¿por qué fingieron ser hombres-L? —exclamó.

—Es muy sencillo. No menos de treinta personas han sobrevivido al ataque. Todos oyeron con claridad los gritos proferidos por los pistoleros. Divulgarán la noticia. Antes de una hora, estará en la televisión. «¡Hombres-L atacan a miembros de la P.R.H., y matan a veinte!» ¿Qué le parece, dama Actea?

Ella se mordió los labios.

—Provocará una reacción de ira contra ustedes —dijo.

—Exactamente es lo que buscaba el hombre que urdió esa trama y al que no le importó que murieran veinte de los suyos con tal de conseguir sus fines.

Actea sacudió la cabeza.

—De todas formas, me cuesta creerlo —irguió el busto—. ¡En la P.R.H. no hay traidores! —exclamó dramáticamente.

Jub se encogió de hombros.

—Como quiera —respondió—. No vine aquí a convencerla de algo en lo que usted no quiere creer.

—En ese caso, ¿a qué vino? —preguntó Actea.

—Estaba en misión de servicio.

—Espiándonos.

—Sí.

—¿Quién le dijo que se celebraría aquí nuestra reunión?

Jub sonrió.

—Un informador. No lo conozco ni yo mismo, de modo que…

Actea hizo un gesto de desprecio.

—Era lo último que me faltaba por ver. ¡Un hombre-L espiando a las personas de nacimiento natural!

—Soy policía —se defendió Jub.

—Debiera ser barrendero —dijo Actea ofensivamente—. ¿Por dónde se sale de aquí? —preguntó.

Jub extendió sus brazos significativamente.

—Este es el único medio —contestó—. No hay escaleras.

Actea dirigió la vista hacia el suelo del almacén. Estaba a cinco o seis metros de distancia.

Imposible saltar, sin riesgo de quebrarse las piernas. Jub esperaba, con una ligera sonrisa en los labios.

—Está bien —dijo ella al cabo—. Bájeme.

—Con mucho gusto.

Jub rodeó con un brazo la esbelta cintura de la joven. Actea se colgó de su cuello y se dejó llevar, pero apenas sus pies hubieron tocado el suelo del almacén, se separó de él vivamente.

—Le agradezco el que me haya salvado la vida —dijo, contemplándole fijamente—. Pero me es imposible olvidar su condición, señor Desland.

—El próximo día puede que me vea usted manejando una escoba mecánica —respondió él mordazmente.

Hizo una ligera inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta…

Esperaba que Actea le llamase, pero sufrió una decepción. Ella le dejó ir sin añadir una sola palabra más.

* * *

Jub caminó a grandes zancadas hacia el lugar donde había dejado estacionada su alfombra voladora. Sentíase amargado y malhumorado.

Ciertamente, aunque no había conseguido su objetivo plenamente, podía decir que la noche no había sido infructuosa del todo. Al menos, ya conocía ahora uno de los principales objetivos de la P.R.H.: soliviantar a la población contra los hombres-L.

Era cosa de fanáticos e intolerantes. Realmente, no se podía decir que fuesen a conseguir gran cosa para sí; salvo unos cuantos más avispados, los demás, en el fondo, eran gentes de buena fe, convencidos íntimamente de que un hombre-L no era más que un pedazo de carne fabricado en un laboratorio. Por tanto, no podía ser igual a una persona nacida de la unión de dos seres humanos de distinto sexo.

Pero quienes manejaban los hilos del tinglado sí obtendrían grandes beneficios, y estos eran los realmente peligrosos.

Como el sujeto que había pagado a los pistoleros para que cometiesen el atentado. Jub se sentía defraudado por no haberle podido ver la cara a gusto.

Sería muy difícil presentar una acusación contra él. ¿Qué pruebas podía aducir en su contra?

Aunque hubiese filmado y grabado la conversación con los pistoleros, un abogado medianamente listo podría destruir la acusación con toda facilidad. No, no era ese el camino a seguir.

Entonces ¿cuál?

De pronto, creyó oír pasos detrás de sí.

Era ya muy tarde. La zona estaba desierta.

Volvió la cabeza. Una oscura silueta caminaba tras él, siguiéndole.

Jub apretó el paso. El otro le imitó.

Jub se detuvo un instante. Su perseguidor se paró también.

Ahora ya no cabía la menor duda: iban tras él.

Preparó el arma. Estaba seguro de que se disponían a eliminarle.

En estas circunstancias, para Jub no había dudas: alguien había escuchado su conversación con Actea.

De repente, se volvió. El otro estaba a diez metros y levantaba la mano armada.

Jub le soltó una descarga temporal. El individuo desapareció instantáneamente.

La descarga lo había enviado a diez minutos más atrás en el tiempo. Sin darse apenas cuenta, el individuo se hallaría ahora en el sitio donde estaba diez minutos antes. Para Jub era la clase de armas que más le convencían.

El hombre se sentiría terriblemente desconcertado, viéndose de nuevo en el mismo sitio en que se encontraba hacía diez minutos. Por mucho que quisiera esforzarse, su perseguido siempre le llevaría diez minutos de ventaja.

Tranquilamente, sin temor ahora alguno, Jub se dirigió hacia su vehículo. Al llegar a la alfombra voladora, estiró los brazos y se izó a pulso. Momentos después, emprendía el vuelo hacia su alojamiento.

Capítulo IV

ELISSA NU le sirvió el desayuno.

—¿Te has enterado de la noticia? —preguntó.

—Sí. Yo estaba allí y lo vi todo con claridad.

—Debió de ser espantoso —se estremeció Elissa.

—No fue agradable, en efecto —convino Jub.

Elissa le entregó el diario recién llegado.

—Toma —dijo—. Te conviene leerlo.

Jub desplegó el periódico. De nuevo traía la cara de Actea en primera página.

Los titulares eran explosivos. Se hacía un relato del suceso y luego se incluían unas declaraciones de la M.I.D. Actea Kintrop:

> «El pistolero muerto había sido identificado. Se llamaba Gais Larmin y era hombre natural. Sin embargo, se podía asegurar sin temor a dudas que los hombres-L le habían pagado para que cometiera el atentado y se hiciera pasar por uno de ellos…»

Jub arrojó el diario a un lado, malhumorado. «Gynt» emitió un gruñido.

El perro era muy sensible. Captaba con facilidad los estados de ánimo de su dueño.

—No creía que Actea fuese capaz de decir una cosa semejante —masculló.

—Pues ¿qué te creías? —dijo Elissa agudamente—. Es una

fanática, como todas las del P.R.H. Y si en lugar de ser defensora de la Pureza de la Raza Humana fuese defensora del E.C.B.E.E.U.D.L.C., lo sostendría con la misma firmeza con que sostiene sus actuales convicciones.

—¿Qué es el E.C.B.E.E.U.D.L.C.? —preguntó Jub, extrañado.

—Un «invento» mío —respondió Elissa—. El Color Blanco Es El Único De La Creación. Si Actea perteneciese a esa sociedad, te diría que el carbón es blanco, la sangre blanca, el cielo blanco… Lo mismo le pasa con la P.R.H., ¿comprendes?

Jub se echó a reír.

—Pero no existe esa sociedad —dijo.

—Claro que no. Era solo un término comparativo, para que te des cuenta de la clase de pájara que es la M.I.D. Actea Kintrop.

—Sí, he podido verlo —admitió él con un suspiro—. En fin…

El gong del visófono sonó en aquel momento. Elissa dio el contacto. Instantes después llamaba:

—Ven, Jub.

El joven se puso en pie y se acercó al aparato. No tardó en reconocer la cara del hombre que le miraba desde la pantalla.

Era Amon Bhar, Director de Policía de Crissia.

—Desland, le espero en mi despacho dentro de sesenta minutos —dijo.

—Bien, señor —contestó el joven—. ¿Es algo importante?

—Ya lo sabrá cuando esté aquí. Sea puntual —pidió Bhar.

—Sí, señor.

La comunicación se cortó.

—Me pregunto qué diablos querrá ese buitre —rezongó Elissa.

—¿Buitre? —repitió Jub.

—Sí. ¿No conoces, acaso, sus simpatías por los de la P.R.H.? Muchos aseguran que es un miembro secreto. No sería el único, por supuesto.

Jub se pellizcó pensativamente el labio inferior.

—Bien, en todo caso, no tardaremos en salir de dudas —dijo—. Voy a cambiarme de ropa.

—Ten cuidado con Bhar —advirtió Elissa—. Cierto que tú no perteneces a su plantilla, pero es un veterano y, además, tiene muchas influencias en las altas esferas.

—Será cosa de no olvidarlo —aseguró Jub con una sonrisa,

mientras se encaminaba a su dormitorio.

* * *

El director de Policía de Crissia, Amon Bhar, era un sujeto gordo, calvo, de cara grasienta y ademanes untuosos. Jub sabía que las influencias subterráneas tenían una buena parte en su designación, más aún que la competencia profesional, aun no siendo malo en este aspecto. Pero Bhar tenía una buena cualidad, y era que sabía ser diplomático.

Así había conseguido el cargo, y Jub, aunque no estaba a sus órdenes directamente, sabía muy bien que no podía luchar con él.

Bhar le recibió con bastante amabilidad. Jub se dio cuenta de que el director no estaba solo en el despacho.

Había otro hombre. Era este un sujeto alto y de buena presencia, vestido con cierta afectación. Jub le calculó unos cuarenta años temporales y veintiocho fisiológicos. Tenía el pelo negro y los ojos azules.

—Le presento al Gran Señor Regh Wisov —dijo Bhar, después de los primeros saludos—. Señor Wisov, vicecomisario Desland.

Los dos hombres intercambiaron unas corteses inclinaciones de cabeza. Bhar indicó una silla a Jub y luego juntó las yemas de sus dedos.

—Lamento haberle llamado a mi despacho para algo que a mí mismo me desagrada más que a usted —dijo—. El Gran Señor Wisov ha presentado una queja contra usted, Desland.

—Desearía conocer los motivos, director —contestó Jub, impasible.

—El G.S. Wisov alega que usted ha hecho objeto de malos tratos, verbales, por supuesto, a su prometida.

—No recuerdo… —dijo Jub.

—Es la M.I.D. Actea Kintrop —puntualizó Wisov.

Hubo una pausa de silencio.

—No lo sabía —dijo Jub al cabo, sintiendo fijas en sí las miradas de los dos hombres—. Presento mis excusas si he hecho algo que se pueda considerar como inconveniente.

—Anoche se celebró una reunión en determinado local de la ciudad —manifestó Bhar—. Era una reunión legal. Usted, sin embargo, estuvo allí y no declaradamente, cosa que se podía haber

aceptado, sino de un modo subrepticio. Solo hizo acto de presencia en los últimos instantes.

—Lo admito —contestó Jub—. Estaba allí en misión de servicio, pero no ofendí a la M.I.D. Actea Kintrop.

—¿No? —exclamó Wisov airadamente—. ¡La tocó usted, vicecomisario; la abrazó, la manoseó obscenamente…!

—¡Eso es mentira! —protestó el joven a voz en cuello.

Wisov se irritó más todavía.

—¡No toleraré que un hombre-L me llame mentiroso, a mí, que he conocido y conozco a mis padres! —exclamó orgullosamente.

—La verdad es solo una, no importa el nacimiento de cada cual —afirmó Jub—. Y yo rechazo enérgicamente cualquier acusación en tal sentido; y si el G.S. Wisov insiste en sus manifestaciones, pediré que las confirme la interesada. La ley me asiste en este caso y solo con la presencia de la M.I.D. Actea Kintrop podré rechazar unas imputaciones calumniosas.

—Haré que venga…

Bhar trató de imponer la calma.

—Por favor —dijo, agitando las manos—. La cólera irrazonada no resuelve nunca los problemas. Parece ser, sin embargo, que usted, Desland, abrazó a la M.I.D.

—Lo admito, pero lo hice para salvarla de los pistoleros que barrían a los asistentes a la reunión con sus pistolas atómicas. En ningún momento me tomé con ella otras confianzas.

—Se dirigió a la M.I.D. en tonos muy liberales —acusó Wisov hoscamente.

—Cuando hablé con ella, expresé francamente mi modo de pensar. Si eso la molestó, no es mía la culpa. En ningún momento dije nada personal acerca de la M.I.D.

—Pero usted no tenía por qué haber asistido a la reunión —insistió Wisov con torvo acento.

—Estaba en misión de servicio —respondió Jub.

—De la cual, por cierto, no me ha informado —terció Bhar.

—Es cierto, señor; y lo lamento. Sin embargo, alegaré en mi disculpa que llegué a Crissia relativamente tarde y que recibí el informe de la reunión a hora en que ya me era imposible avisarle a usted.

—Tengo subordinados con los cuales podría haberse

comunicado usted, vicecomisario —rezongó Bhar.

Jub apretó los labios. Estaba dispuesto a soportar aquel reproche. No quería comprometerse aún más, contestando que su confianza en los inmediatos colaboradores de Bhar era poco menos que nula.

—Bien —dijo el director al cabo, después de observar el silencio de Jub—, lamentándolo mucho y aunque no tomaré contra usted ninguna decisión de tipo administrativo, sí me veo obligado a pedirle que abandone la ciudad en el plazo más breve posible.

Jub asintió. Era casi lo que esperaba desde su llegada al despacho de Bhar.

—Sí, señor —contestó sobriamente.

—Me conformo con su decisión, director —manifestó Wisov con falsa generosidad.

Jub se puso en pie.

—Creo que no quieren nada más de mí —dijo.

—Eso es todo, en efecto. —Bhar se levantó y estrechó su mano —. Buen viaje —le deseó.

Jub dirigió a Wisov una inclinación de cabeza. Wisov desvió la vista a un lado, con claro gesto ofensivo.

Al quedarse solos, Wisov dijo:

—Ha estado usted bien, director; aunque, de todas formas, me habría gustado un poco más de energía.

—Créame que lo siento, señor —contestó Bhar un poco nervioso —. Sí, debí ser un poco más duro con él, pero no conviene perder de vista el hecho de que el vicecomisario Desland es un hombre que goza de gran predicamento en el equipo del ministro Ye-Honnan. Y Ye-Honnan, como usted sabe, es el responsable del Orden Galáctico.

—Lo sé —respondió Wisov—. A pesar de todo, ese hombre debe largarse de Crissia. No puede interferir nuestros planes, director. De lo contrario, despídase usted de ese puesto de gobernador del Sistema Séptimo que tanto está deseando.

—Espero que no me lo tengan en cuenta —dijo Bhar servilmente —. Yo siempre he procurado complacerles a ustedes…

—Pues siga así y no le pesará —aseguró Wisov en tono imperativo—. Estamos empeñados en una lucha a muerte. O los hombres-L o nosotros, ¿comprende lo que quiero decir?

—Ellos también luchan, Gran Señor —dijo Bhar—. Luchan

porque se les retire lo que consideran un distintivo infamante. Quieren ser iguales a nosotros…

—¡Iguales a nosotros! —rio Wisov estridentemente—. ¿Cómo pueden serlo, si las mujeres los rechazan? Bueno, es que ellos ya no se acercan a una mujer, de modo que es un absurdo pensar en esa igualdad que propugnan.

Los ojos de Wisov centellearon de pronto.

—El principal obstáculo que se alza ante nosotros no es un vicecomisario de Policía Galáctica, sino un ministro —añadió—. El día en que podamos quitar de en medio a Ye-Honnan, tendremos andadas las tres cuartas partes del camino. Y eso sucederá antes de lo que usted cree, director —concluyó Wisov con rotundo acento.

* * *

Debía actuar con gran cuidado, se dijo Jub, mientras descendía hacia las plantas inferiores. Por regla general, los miembros directivos de la P.R.H. solían ser personas influyentes, adineradas en su inmensa mayoría y con las lógicas influencias. Estaba encargado de una investigación, pero, si cometía torpezas, los proyectos del ministro Ye-Honnan se hundirían irremisiblemente.

Por el momento, no le quedaba otro remedio que cumplir la orden de expulsión. Sin embargo, no se le había fijado un plazo determinado.

Podía permanecer en Crissia veinticuatro horas más. Era tiempo suficiente para realizar algunas pesquisas suplementarias.

De pronto, se le ocurrió una idea. Consultó el indicador del ascensor y vio que estaba en la planta novena. Los archivos se hallaban tres pisos más abajo.

Al llegar al piso sexto, paró el ascensor y salió al pasillo. Buscó la marcada señalada con el rótulo Archivo General y la empujó.

La habitación era grande, aunque no tanto como habría debido ser, dado el fin a que se destinaba. Había varios empleados trabajando en sus mesas, todos ellos usando los más completos aparatos que permitían una absoluta mecanización de las tareas burocráticas.

En el centro, había lo que parecía un enorme mueble metálico, de unos siete metros de largo, por tres de alto y cinco de anchura. Era una clasificadora automática de fichas de delincuentes y

personas que, por una razón u otra, habían tenido algo que ver con la policía crissiana.

Un funcionario se levantó al verle.

—Creo que nos conocemos —dijo—. Usted es el vicecomisario Desland.

—En efecto —confirmó Jub—. A mí también me parece recordar su nombre. ¿No se llama usted Tyrrey?

—Así es —sonrió el hombre—. ¿Qué tal, señor Desland?

Solo entonces aceptó Jub la mano que se le tendía. Desagradables experiencias sufridas con anterioridad, le habían enseñado a no alargar el primero la mano cuando se enfrentaba con un hombre natural.

—Mucho gusto, señor —dijo Tyrrey—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí, gracias. Ayer murió un tipo llamado Gais Larmin. Desearía examinar su ficha.

—Ah, el pistolero que intervino en el jaleo de la reunión de los P.R.H. —dijo Tyrrey—. La Galaxia no ha perdido nada con su muerte, créame, vicecomisario.

—Me lo imagino —sonrió Jub.

—Espere unos momentos, señor —rogó el funcionario—. Enseguida le traeré su ficha.

Tyrrey se sentó ante su mesa y escribió rápidamente en una máquina. Al terminar, presionó una tecla y se levantó.

Luego se acercó a una esquina de la máquina. Esperó cosa de treinta segundos.

Se oyó un leve tintineo. Una cartulina de tamaño folio brotó por la ranura correspondiente.

Tyrrey regresó junto al mostrador y entregó la ficha a Jub.

—Ahí está su hombre, vicecomisario —dijo.

Jub paseó la vista por los renglones escritos. La ficha, además del historial completo del pistolero muerto, contenía una detallada descripción orgánica, sin omitir varias fotografías de su cabeza y una radiografía del cerebro.

Un detalle llamó su atención sobre todos los demás. Un año antes, Larmin había salido de la penitenciaría, junto con un tipo llamado Zalfon Gravis. Los dos juntos habían cometido un asalto de poca importancia. La información añadía que solían «operar» conjuntamente. Como a todo condenado, se le había consultado a

Larmin si quería someterse a un tratamiento de reeducación.

Aceptar o no era potestativo del sujeto condenado. La mayoría aceptaban para no delinquir más. Larmin se había negado a ello.

Era de suponer que Gravis hubiese hecho lo mismo. Jub pidió a Tyrrey la ficha de Gravis.

Momentos después, entraba en conocimiento del domicilio del compinche de Larmin. Aunque en el tiroteo del almacén habían tomado parte tres individuos, cabía suponer que uno de ellos fuese Gravis.

Devolvió las fichas al funcionario y le dirigió una sonrisa.

—Ha sido usted muy amable, Tyrrey —agradeció.

—A su disposición siempre, señor —contestó el otro.

—Gracias de nuevo. Adiós.

Jub salió del archivo. No siempre se encontraban sujetos como Tyrrey, dispuestos a cooperar con un hombre-L. Había sido una suerte, en medio de todo.

Capítulo V

LLAMÓ a la puerta y esperó. A los pocos segundos, se percató de que le estaban observando a través de la mirilla.

—¿Quién es usted? —preguntó el dueño del piso, usando el interfono exterior—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Me llamo Desland y deseo hablar con usted, Gravis.

—No le conozco. Váyase.

—Muy bien —dijo Jub sin inmutarse—. Usaré mi transmisor de radio y solicitaré me envíen un mandato de interrogación. Avisaré también para que vigilen las ventanas de su piso y no le permitan evadirse en una alfombra voladora. Al final, acabará hablando, Gravis.

Gravis se resignó y abrió. Jub se encontró ante un individuo de mediana estatura y nariz ganchuda, que le miraba con malhumor.

—¿Qué diablos quiere? —rezongó.

—¿No le parece que hablaremos mejor ahí adentro? —contestó Jub, sonriendo.

Gravis se echó a un lado. Jub cruzó el umbral. Arrugó la nariz.

—Le hace falta un baño, Gravis —observó.

—Deje en paz mi higiene corporal —contestó el pistolero de mal talante—. ¿A qué ha venido?

—Deseo hablar con usted del suceso de anoche, en el almacén de la Perspectiva Cuarenta.

Hubo una corta pausa de silencio. De repente, Gravis dio media vuelta y echó a correr hacia un aparador situado en el fondo de la estancia.

Abrió un cajón y sacó una pistola. En aquel momento, le alcanzó de lleno una descarga temporal.

Esta vez, Jub había graduado el arma para diez segundos. Gravis reapareció de nuevo ante él, mirándole con odio, un segundo antes de lanzarse a por la pistola.

Jub dio un pequeño rodeo, saltó tres veces y agarró el arma. El retraso de tiempo no le afectaba a él.

Gravis lanzó una maldición.

—Debí haber pensado que tenía una pistola temporal —dijo.

—Debió haber pensado muchas cosas antes de emprenderla anoche a tiros con los asistentes a la reunión en el almacén de la Perspectiva Cuarenta —dijo Jub severamente—. ¿Cuánto le pagaron por ponerse en el pecho una insignia como la mía?

—No sé nada —respondió Gravis hoscamente.

—Estuvo allí y disparó. Yo lo vi todo perfectamente.

Los ojillos del pistolero se achicaron.

—Usted es quien se descolgó del techo y salvó a la rubia del traje de oro —dijo.

—Sí. Por tanto, es inútil que trate de negar su participación en el tiroteo.

Gravis se encogió de hombros.

—Acúseme —respondió— Luego busque testigos, naturalmente. Veremos a ver quién sostiene que yo tomé parte en el jaleo. Sobre todo cuando presente coartadas a porrillo…

—¿Cuánto le pagaron por gritar contra la P.R.H.? —preguntó Jub, impertérrito.

—Mucho —respondió el pistolero cínicamente—. Más de lo que cobra usted en un año.

—Eso significa que, a menos que le pague el doble, usted no hablará.

Gravis hizo chasquear sus dedos.

—Eso mismo —respondió—. Págueme mil círculos y cantaré como un pájaro en primavera.

Jub dudó un momento. Mil círculos era una suma realmente exorbitante, sobre todo, si tenía en cuenta que él solo ganaba treinta al mes. Poseía algunos ahorros, pero no alcanzaban ni de lejos a la cifra señalada.

Gravis sonrió burlonamente al observar las vacilaciones de su

visitante. Metió la mano en un bolsillo y sacó un círculo, que lanzó al aire, recogiéndolo luego con la mano.

Jub observó el centelleo de la moneda. Era un círculo de diamante puro, de cuatro centímetros de diámetro, por medio de grosor, con un borde metálico, de oro, destinado a evitar mellas que desvalorizarían la moneda.

—Mil como este —dijo Gravis—. Y soltaré la lengua.

Al rufián no le importaría traicionar al hombre que le había pagado por disparar su pistola atómica. Para Gravis todo estribaba en el dinero.

Pero él no tenía una suma semejante. Claro que podía pedirla a la caja del Ministerio, pero podían producirse filtraciones y encontrarse con obstáculos que retrasarían notablemente la entrega de la suma solicitada.

Un retraso podía hacer variar de opinión a Gravis. Era conveniente actuar con la mayor premura posible.

De repente se le ocurrió una idea. ¿Por qué no probar?, se preguntó.

—Bien, deme usted dos horas, Gravis. Solo dos horas y traeré el dinero.

—Conforme, pero no esperaré ni un minuto más de las dos horas. Me marcho de viaje, ¿sabe?

—De acuerdo. No se mueva de casa —pidió Jub.

—Esperaré el tiempo convenido.

Jub salió del piso y descendió a la calle. No tardó en conseguir el número del Cráter Hotel.

—Deseo hablar con la M.I.D. Actea Kintrop —dijo a la telefonista del hotel—. Es una conversación privada.

Así les concederían una línea aislada. Nadie podría enterarse de lo que hablaban.

La comunicación tardó casi un minuto en establecerse. Al fin, Jub divisó la imagen de Actea.

Ella estaba en el tocador, cubierta con una bata de vaporosos velos, cepillándose con gran cuidado su espléndida cabellera rubia.

—Hable, Desland —indicó ella en tono indiferente.

Jub decidió que lo mejor era ser directo. Nada de rodeos.

—Necesito mil círculos, Muy Ilustre Dama —dijo.

Actea se sobresaltó.

—¿Acaso quiere cobrarse el favor que me hizo anoche? —contestó despegadamente.

—No soy un policía venal, pero solo gano treinta círculos al mes y me piden mil.

—¿Por qué le piden mil círculos?

—Para decirme el nombre de la persona que pagó a los pistoleros.

Actea había estado hasta entonces de perfil a la cámara. Se volvió lentamente y miró al objetivo. Jub vio que los ojos de la joven le contemplaban con expresión poco amable.

—¿No ha leído los periódicos, polizonte? —preguntó.

—Sí. Conozco sus declaraciones, dama Actea. A mi entender, pecan de fantásticas. Un hombre-L no habría sido capaz de cometer un error tan mayúsculo.

—Claro. No iban a hacerlo ellos en persona. Para eso hay rufianes que se alquilan…

—¿Por qué no lo comprueba usted personalmente?

—Habrá comprado previamente a un desaprensivo…

Jub decidió que lo mejor era provocarla.

—Yo diría que tiene usted miedo a las represalias de la P.R.H. —manifestó—. Claro que un alto directivo de esa organización…

—¡Yo no tengo miedo en absoluto! —se picó Actea—. Perderé los mil círculos, de acuerdo; no me importa una cantidad semejante. Pero no conseguirá que crea lo que es solo una fantasía suya.

—Muy bien. Se lo demostraré dentro de hora y tres cuartos. ¿Dónde nos reunimos?

Actea vaciló un segundo.

—Venga usted mismo a buscarme al hotel. Dentro de treinta minutos estaré lista.

—¿No teme que la vean en compañía de un hombre-L?

—Mi chófer es también un hombre-L —respondió ella insultantemente.

—También entre nosotros hay tipos que carecen de dignidad.

Jub no pudo evitar la respuesta. Actea se lo merecía.

Cortó la comunicación justo cuando ella lanzaba un gritito de despecho. Luego salió de la cabina y se dirigió en busca de su alfombra voladora.

* * *

A la M.I.D. se le podían acusar de muchas cosas, pero no de impuntual. Actea apareció en la puerta del hotel a la hora indicada.

Jub esperaba impasible, en el puesto del conductor. Dado que el vehículo estaba a ras del suelo, no necesitó moverse para ayudarla a subir.

El pelo de Actea estaba suelto ahora. Ella vestía una especie de túnica muy corta, sin mangas, suelta, de tejido de hilos de plata, sujeta con un cinturón alto, que le confería el aspecto de una adolescente. Pero sus cejas fruncidas y su gesto de enojo rompían el encanto de su apariencia juvenil.

—Arranque —dijo, apenas se hubo acomodado en el vehículo.

Jub avanzó la palanca a la vez que pisaba ligeramente el pedal derecho. La alfombra voladora se movió hacia adelante y arriba.

Actea arrojó delante de él una pesada bolsa.

—Los mil círculos —dijo.

—Gracias, dama Actea. ¿Todavía sigue ofendida conmigo?

—Simplemente, estar a su lado no es cosa que me entusiasme. Por lo demás, no le guardo ningún, rencor.

—Yo diría todo lo contrario, dama Actea —contestó Jub.

—¿Por qué? —preguntó ella, intentando taladrar con la vista la nuca del policía.

—He sido llamado hoy a presencia del director Bhar. Allí he conocido a un sujeto interesante. Es el Gran Señor Regh Wisov.

—¡Mi prometido! —exclamó Actea—. ¿Qué hacía en la Dirección de Policía?

—Ha presentado una queja contra mí. Como consecuencia de ello, el director me ha pedido que abandone la ciudad en el plazo más breve posible. Me iré mañana —añadió Jub.

—¿Una queja? ¿Qué clase de queja, Desland?

—Ofensas verbales a una M.I.D… además de otras cosas que me da apuro repetir.

—Repítalas —exigió ella.

—El G.S. Wisov dijo que yo… bien, que la había abrazado a usted con demasiada fuerza.

—¡Tuvo que izarme a pulso!

—Sí, pero él dice que… que, bueno, a ver si lo entiende usted de una vez. Incluso pronunció la palabra obscenamente.

Actea rompió a reír. Era una risa convulsiva, casi histérica.

—¡Usted! —dijo—. Un hombre-L, un pedazo de carne que piensa… Pero qué gracioso… ¿Cómo se le ocurre difamar a mi prometido?

Jub apretó los labios.

—Ustedes, los naturales, no tienen remedio —contestó hoscamente.

—Está acusando a mi prometido —exclamó ella.

—Estoy diciendo la verdad. Peor para usted si no me cree —Jub inspiró con fuerza—. Me están entrando ganas de dejarla en el suelo y que se las arregle como pueda.

Actea se dio cuenta de que se había portado demasiado duramente con Jub. A fin de cuentas los hombres-L eran tan sensibles como los demás humanos.

—Lo siento —dijo—. Me he extralimitado un tanto. Dispénseme, vicecomisario.

—No se preocupe —contestó Jub—. Estoy acostumbrado.

Hubo un espacio de silencio entre ambos. Luego Actea preguntó:

—Desland, ¿es cierto todo lo que usted me ha dicho de mi prometido?

—Sí.

—Pero ¿por qué lo ha hecho? ¿Por qué le ha acusado falsamente? Es cierto que yo le conté su intervención en los sucesos de anoche; no le oculté que usted me había abrazado para izarme hasta el desván, pero tampoco le dije en ningún momento que usted me había ofendido ni de palabra ni de obra. ¿De dónde se ha sacado semejantes disparates?

—Lo hizo con un propósito bien definido: conseguir mi expulsión de la ciudad.

Actea se quedó pensativa unos momentos.

—Hablaré con él y le exigiré una explicación franca y leal —manifestó unos segundos después—. Y, según lo que me conteste, trataré de intervenir en su favor, para que se anule esa orden de expulsión.

—Se lo agradezco — contestó Jub—, pero le ruego no haga nada. De todas formas, no hago sino anticipar una decisión que hubiera tomado dentro de dos o tres días. Mi estancia en Crissia ha terminado ya.

—¿Adónde piensa ir ahora? —preguntó ella.

Jub hizo un gesto ambiguo. Actea comprendió que no quería revelar el punto de destino.

—Está bien —dijo—. ¿Falta mucho para llegar a casa de ese hombre?

—La tenemos ya a la vista —replicó Jub.

Momentos después, detenían la plataforma volante frente a una de las ventanas correspondientes al piso de Gravis. Jub hizo funcionar la amarra de ventosa, saltó al interior de la estancia y se volvió para ayudar a Actea a bajar al suelo.

Ella rechazó su ayuda y lo hizo ágilmente, sin dificultades.

—¿Dónde está ese hombre, Desland? —preguntó.

—¡Gravis! —llamó el policía—. Soy Desland. Salga, ¡le estoy esperando con el dinero!

Gravis no contestó. Actea no pudo contener una sonrisa burlona.

—Le ha engañado —dijo.

Y Jub empezó a pensar que ella tenía razón.

Gravis le había engañado lindamente. Se había burlado de él, haciéndole creer que le esperaría para recoger los mil círculos. ¿Cómo había podido confiar en la palabra de un miserable?

Capítulo VI

DURANTE unos momentos, la estancia quedó en silencio. Luego Jub, saliendo de su estatismo, se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta que comunicaba la pieza con el resto del piso.

Recorrió el baño y otro dormitorio. Solo quedaba ya la pieza que era, al mismo tiempo, cocina, comedor y sala de estar.

Al llegar a esta última habitación, vio en el suelo un vaso de vidrio volcado, al pie del dispensador de alimentos. El suelo estaba manchado de un líquido blanquecino de inconfundible significado.

Se arrodilló y mojó la yema del dedo índice en la leche, probándola luego con la punta de la lengua. A primera impresión, no parecía haber contenido ningún líquido nocivo.

Pero Jub sabía que había narcóticos y venenos insípidos, cuya presencia no se notaba en los alimentos sólidos o líquidos con que eran mezclados. Cabía la posibilidad de que Gravis hubiera sido narcotizado o envenenado y llevado luego lejos de allí.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Actea desde la puerta.

Jub se puso en pie lentamente, sin volver la cabeza. De pronto, divisó a unos pasos de distancia una mancha grisácea, muy tenue sin embargo.

—No, no lo han raptado —dijo como si hablase consigo mismo.

—¿Eh? —exclamó Actea.

Jub agitó una mano.

—Venga —pidió.

Ella se acercó. Jub le señaló la mancha.

—Lo han desintegrado —dijo.

Ella se sobresaltó.

—¿Está seguro?

—Los proyectiles desintegrantes no están todo lo perfeccionados que sus usuarios querrían —contestó Jub con amarga sonrisa—. Cuando una persona se volatiliza, siempre queda una pequeña mancha que indica la suerte que ha corrido. Se veía muy bien anoche en el almacén donde ustedes celebraron la reunión.

Actea se inclinó y examinó la mancha.

—Sí, lo parece, aunque yo no soy entendida en la materia. Bien, nos quedamos sin la información.

—Debiera haberla llamado a usted desde aquí —se lamentó Jub —. Pero no quería relacionarla con Gravis; es más, ni siquiera esperaba que viniese conmigo.

—Usted me lo propuso, Desland.

—Claro, ¿qué otra cosa podía hacer? Era usted casi la más directa interesada en conocer el nombre de la persona que pagó a los asesinos anoche.

Ella hizo una mueca de burla.

—¿Yo? Desland, creo que está tratando de persuadirme de algo que no existe sino en su imaginación —contestó.

Jub se puso rígido. Actea añadió:

—Usted mató a este hombre y luego urdió esta complicada trama para hacerme creer que fue uno de los nuestros quien ideó el horrible crimen de anoche. Desland, ¿es que no tiene usted más imaginación, aunque sea un hombre-L?

—Dama Actea…

Ella no le dejó seguir.

—¡Basta! —atajó—. Hemos terminado. Sí, tiene usted razón; nunca debí haber accedido a haber venido aquí en su compañía. También le aseguro que será la última vez. ¡Haga el favor de acompañarme al hotel!

Jub meneó la cabeza.

—Usted sabe manejar la alfombra voladora —dijo—. Yo me quedo.

—Está bien, no se lo repetiré más.

Actea se encaminó con paso vivo hacia la otra habitación. De pronto, Jub se dio cuenta de que tenía en la mano algo en lo que no había reparado hasta entonces.

Era la bolsa con él dinero. Corrió en pos de Actea y la alcanzó cuando ella se disponía ya a desamarrar el vehículo.

La bolsa, conteniendo diez grandes discos de diamante y oro, por valor cada uno de ellos de cien círculos, voló por los aires y cayó a los pies de la orgullosa joven.

—Su dinero —dijo—. Ya no lo necesito.

Actea no quiso contestar. Soltó la amarra, retrocedió unos metros y luego, enderezando el vehículo, se lanzó hacia adelante a toda velocidad.

Jub quedó solo. Durante largo rato, permaneció en el mismo sitio, con actitud reflexiva. Luego, lanzando un suspiro, se dispuso a hacer lo que todo policía debe ejecutar después de cometido un crimen: investigar.

* * *

Al día siguiente, a las diez de la mañana, estaba en el astropuerto.

Regresaba a Ciudad Central, la capital administrativa de la Galaxia. Allí residía el ministro Ye-Honnan.

Se acercó a una máquina automática y depositó sucesivamente dos monedas de plata. Sendos billetes salieron a continuación por la ranura.

«Gynt» le seguía apaciblemente. La gente apenas se fijaba en él. Muchas otras personas eran propietarios de animales todavía más raros.

El gran edificio de la estación espacial estaba abarrotado de gentío que iba y venía de otros planetas, algunos de ellos situados a distancias inconcebibles. Jub consultó su billete y halló que le correspondía usar la Puerta XXXVII. A «Gynt» le correspondía la siguiente.

Se esforzó por abrirse paso entre el espeso gentío.

De pronto, oyó un sordo gruñido que procedía de la garganta del can.

—¡Calma, «Gynt»! —dijo suavemente, a la vez que le pasaba la mano por el lomo de erizado vello.

No tenía ganas de verse metido en un serio compromiso, así que agarró el collar del animal. Los gruñidos se repitieron, sin embargo.

De pronto, vio que un hombre cruzaba ante él. Era Regh Wisov.

«Gynt» lanzó un sonoro ladrido. Wisov volvió la cabeza y divisó a Jub.

Una mueca de desprecio se dibujó en sus labios, mientras seguía su camino, sin detenerse. Los gruñidos se atenuaron.

Jub siguió al hombre con la mirada. De pronto, lo vio encontrarse con Actea Kintrop.

Wisov y Actea se abrazaron estrechamente. Ella no opuso resistencia a los besos del hombre.

Jub sintió como una especie de puñalada en el pecho. Aquello era algo que le estaba completamente vedado.

Nunca podría amar a una mujer, se dijo amargamente, mientras buscaba la Puerta XXXVIII. Trató de confinar el incidente en un rincón inofensivo de su mente. Era lo mejor que podía hacer.

Alcanzó la Puerta XXXVIII y entró al perro en el interior del cubículo que había al otro lado. Un solícito empleado acudió corriendo.

—¿Para dónde, señor? —preguntó.

—Ciudad Central —respondió Jub, enseñándole los billetes.

—Ocupe su sitio, señor —indicó el empleado—. Yo me encargaré de su perro.

—Gracias.

Jub puso una moneda de plata en la mano del hombre, que se deshizo en reverencias. Luego franqueó la Puerta XXXVII.

Una mampara de grueso vidrio se corrió silenciosamente. El empleado manejó unos botones, consultó unas esferas, miró luego un reloj de precisión a la milésima de la millonésima de segundo y, finalmente, presionó una tecla.

La estación espacial empezó a borrarse delante de los ojos de Jub. En realidad, era él quien desaparecía. Segundos más tarde, su cuerpo, descompuesto en trillones de átomos, era lanzado al espacio. «Gynt», tan invisible como él, viajaba por el vacío a solo unos pocos metros de distancia.

Los átomos se reunieron debida y correctamente. El cuerpo de Jub se hizo sólido de nuevo. Cinco minutos después de iniciado el viaje, llegaba a su destino.

Una graciosa azafata de pelo rubio y largas y torneadas piernas abrió las puertas. Dirigió a Jub una sonrisa, pero sus labios se fruncieron apenas vio sobre su pecho el distintivo indicador de su

condición de hombre laboratorio.

Jub no hizo el menor caso. Estaba acostumbrado.

En unión de «Gynt» se dirigió hacia la salida del espacio-puerto. Tenía que preparar el informe de lo observado en Crissia, con objeto de hacerlo llegar a manos del ministro de Orden Galáctico.

* * *

El ministro estaba sobradamente preocupado. Además no lo ocultaba. Sus continuos paseos por su despacho, de trabajo, con las manos a la espalda, así lo hacían ver sin demasiado esfuerzo.

El ministro no estaba solo en el despacho. Había dos hombres con él. Uno de ellos era Jub Desland.

El otro era Binos Mura, el jefe de los agentes del Servicio Secreto. El Ministerio de Orden Galáctico tenía también su división de hombres de uniforme, pero, momentáneamente, su jefe no era preciso en aquella reunión.

El ministro se detuvo de pronto.

—Los de la P.R.H. se están volviendo cada día más audaces —dijo. Era algo sobradamente sabido—. Han conseguido ya dos gobiernos en otros tantos sistemas. Día a día están aumentando los afiliados a la organización. ¿Es que ninguno de ustedes dos se imagina lo que puede llegar a suceder el día en que los de la P.R.H, alcancen todos los puestos del Gobierno Máximo?

Mura pegó un respingo en la silla.

—No creo que lo consigan, señor —dijo.

—Pues es eso lo que están buscando —declaró Ye-Honnan tajantemente—. ¿Qué se creía usted, Binos? Gritan, vociferan y se escandalizan porque quieren suprimir a los hombres-L y… ¿cuál es la proporción de estos en comparación con los hombres normales? Se trata de una cifra ridícula; ni siquiera el uno por cien, ya ven.

—Los P.R.H. arguyen que los laboratorios siguen lanzando hombres-L sin interrupción, centenares cada día —habló el jefe Mura.

—Sí, ¿y cuántos humanos normales nacen también cada día en la Galaxia? Millones, decenas de millones, tal vez centenas de millones. ¿Hay peligro, pues, para nosotros?

Ye-Honnan y Mura eran normales. Mura sacudió la cabeza.

—No, señor.

—En ese caso, sus fines están ya vistos —dijo el ministro—. Llegarán a lo más alto y entonces impondrán su ley.

Ye-Honnan fue a su mesa y tomó unos papeles.

—Aquí tengo un informe recién llegado sobre las últimas disposiciones tomadas por el nuevo gobernador del Trigesimocuarto Sistema. Detenciones en masa, recurso de gracia rechazados, censura de prensa… ¡Pero allí no se menciona para nada ya a los hombres-L! —estalló el ministro.

—Eso significa que estamos en presencia de una vasta conspiración para arruinar las libertades de la Galaxia —dijo Mura.

—¡Sí! —clamó Ye-Honnan—. Hombres duros, fanáticos, que se ocultan bajo la capa de un falso puritanismo racial, pero que lo único que pretenden es el medro personal y de sus allegados.

Excitadísimo, el ministro agarró otro papel.

—Segundo informe. Se refiere al gobernador del Segundo Sistema. Sin consultar con las dos Cámaras del Sistema, ha aumentado los impuestos en un dos por ciento. No es mucho, pero si tenemos en cuenta la riqueza del comercio del Segundo Sistema, nos encontraremos con que ese impuesto puede proporcionar a sus recaudadores centenares de miles de millones.

»Aún más —continuó Ye-Honnan—. Como la mayoría de los diputados se opusieron, salvo, naturalmente, los pertenecientes a la P.R.H., numerosos esbirros han apaleado, secuestrado y hasta asesinado a los diputados que más se distinguieron en la protesta. El terror reina en Galroy, capital de ese Sistema, y ya son muy pocos los que se atreven a protestar. ¿Se dan cuenta de que, si no atajamos el problema a tiempo, nos encaminamos hacia la catástrofe?

El ministro calló un momento. Luego dijo:

—Espero que ustedes me propongan una solución para este maldito asunto.

—Hay una, creo, señor —dijo Jub pensativamente.

—¿Cuál? —preguntó el ministro.

—Declarar ilegal y sediciosa la P.R.H. e incapacitar a sus miembros para ocupar cargos públicos.

Ye-Honnan se acarició la mandíbula:

—La P.R.H. es legal ahora —objetó.

—Pero no se puede admitir la legalidad de una organización

cuyos fines son claramente subversivos. ¿No dice la ley que los hombres normales y los hombres-L somos iguales en todo, que no debe haber distinción alguna entre una clase y otra por el solo motivo del nacimiento de cada cual?

—Ellos sostienen todo lo contrario, señor —intervino Mura.

—Y, además, blasonan de pertenecer a la organización. Ninguno de ellos lo mantiene en secreto; antes bien, se muestran orgullosos de ello.

El ministro se quedó pensativo.

—Puede que sea una buena idea —contestó—. La estudiaré y, en todo caso, trataría de pasar a la Cámara Máxima un proyecto de ley en ese sentido. Todavía, por fortuna, la Cámara Máxima está formada por personas sensatas, en las que no se ha infiltrado ese maligno morbo de la pureza racial.

Luego miró al joven.

—¿Cuáles son sus propósitos por ahora, vicecomisario? —preguntó.

—Dependen de las órdenes que reciba de mi jefe, señor —contestó Jub.

—Siga investigando —indicó el ministro—. Continúe recogiendo informaciones de las actividades de esos energúmenos. Procúrese pruebas. Cuantas más recoja, mejor. Así, si un día se presenta esa ley, tendremos argumentos de fuerza para pedir su aprobación.

—Sí, señor —asintió Jub.

Ye-Honnan tomó un papel de encima de la mesa. Lo consultó unos momentos y luego miró a Jub.

—Desland, tengo malas noticias para usted —dijo.

Jub apretó los labios.

—Estoy dispuesto, señor —contestó sobriamente.

—Se trata de ustedes, los hombres-L. Va a pasar a estudio de la Cámara Máxima un proyecto de ley por el que se prohibirá el matrimonio con mujeres normales a los hombres de su clase.

Jub no se inmutó.

—Era de esperar, señor —dijo.

—Lo siento —repitió el ministro—. Por lo que yo sé, hasta la fecha y en muchos años, no ha fructificado ningún matrimonio concertado entre un hombre-L y una mujer normal. No es culpa suya, Desland… y la ley tiende a evitar situaciones desagradables.

Jub suspiró.

—Se comprende, señor —respondió. Era un duro destino haber nacido en un laboratorio y no de un matrimonio normal.

Capítulo VII

EL perro lanzó un gruñido.

—Calla, «Gynt» —dijo Jub.

Por el momento, gozaba de unos días de vacaciones. Su jefe le había dicho que ya le llamaría cuando tuviese para él una nueva misión.

Hacía un tiempo estupendo y se había ido a pasear por uno de los frondosos parques de la capital galáctica. Aunque era extensísima, Ciudad Central había sido construida aprovechando las experiencias urbanísticas recogidas a lo largo de siglos.

Prácticamente, la ciudad era una inmensa oficina, dado que en ella se centralizaban todos los servicios administrativos de la Galaxia. Sin embargo, no había sido construida mediante un apelmazado amontonamiento de rascacielos. Gozando de fáciles y rápidas comunicaciones, lo lógico era que se levantasen edificios de pocas plantas y existieran amplias avenidas y extensos trozos ajardinados.

Jub estaba en uno de los parques cercanos a su casa. Reinaba una absoluta tranquilidad y por ello le, extrañó el gruñido del perro.

El pelo del lomo de «Gynt» se atiesó. Jub miró a derecha e izquierda. Confiaba mucho en el animal.

Estaba sentado en un banco antigravitatorio, cuyo respaldo daba a un espeso seto. Se puso en pie y miró por encima del mismo.

Un gesto de sorpresa se dibujó en su cara. «Gynt» tenía motivos para gruñir.

Wisov estaba a pocos metros de distancia, hablando con un individuo de aspecto corriente, salvo por un distintivo físico: su pelo rosado. Jub sabía que solo los naturales de Beta de Orión tenían el pelo de color rosa.

La distancia, sin embargo, era excesiva para oír lo que hablaban. Jub lamentó no estar en misión. Habría contado con medios para escuchar la conversación.

Una bolsa con dinero cambió de mano. Recordando el tamaño de la que le había entregado Actea, Jub calculó que el hombre de Orión acababa de recibir una suma no inferior a dos mil círculos.

Wisov dio media vuelta y se marchó. El hombre de Orión sopesó la bolsa, con ojos brillantes de satisfacción y, tras guardarla en su seno, acabó por abandonar el parque.

Jub estuvo a punto de seguirle, pero se dio cuenta de que sería inútil. Había ido a pie al parque y el tipo del pelo rosado tendría su alfombra voladora por alguna parte.

No obstante, creía contar con un medio de descubrir su identidad. Y no pensaba perder mucho tiempo intentándolo.

* * *

Mura le facilitó un pase para el archivo de Orden Galáctico. Provisto del documento, Jub se encaminó al lugar deseado y, una vez allí, lo enseñó al funcionario que atendía las peticiones.

—Lo buscaré —prometió el hombre.

—Prefiero hacerlo yo —dijo Jub—. Indíqueme una máquina informadora, por favor.

—Claro.

Momentos después, Jub estaba sentado ante la máquina, una especie de armario metálico de gran tamaño, provista de una gran pantalla de televisión a la altura de su cara y de un teclado para escribir al nivel correspondiente.

Jub pulsó la tecla de contacto. Al encenderse una luz verde, escribió:

—Información sobre todos los residentes en Ciudad Central, originarios Beta Orión, edad comprendida entre los veinticinco y cuarenta años.

Otra lámpara emitió tres veces un centelleo ámbar. Era la señal de «Comprendida y recibida la petición». En caso contrario, el

centelleo habría sido azul. El rojo quedaba para las averías.

Caras de hombres con pelo de color rosa empezaban a desfilar inmediatamente por la pantalla. Debajo de cada uno de los rostros aparecía el nombre.

Jub tenía una buena memoria fisonómica. Las imágenes duraban cinco segundos. No obstante, cuando se sentía con dudas, fijaba la proyección y estudiaba el rostro con más detenimiento.

Le costó veinte minutos hallar al sujeto buscado. El nombre que figuraba debajo era el de Kell Rodd.

Jub escribió:

—Necesito máxima información sobre sujeto fijado en pantalla.

La cara desapareció en el acto. Diez segundos más tarde, la pantalla mostró una cartulina con numerosas líneas escritas.

Jub volvió a escribir:

—Deseo reproducción de la ficha.

Treinta segundos más tarde, la máquina escupía una cartulina igual a la que había leído en la pantalla. Jub la dobló y la guardó en uno de sus bolsillos.

Se dispuso a levantarse. De pronto, y obedeciendo a una repentina idea, cuyo origen no habría sabido explicar satisfactoriamente, escribió:

—Solicito información sobre posible estancia de M.I.D. Actea Kintrop en Ciudad Central.

Pasaron algunos segundos. En las entrañas de la tierra, a decenas de metros de profundidad, una máquina automática grabó su respuesta:

—M.I.D. Actea Kintrop hállase en Ciudad Central hospedada en el Alto Hotel.

Jub levantó las cejas.

—Casi me lo esperaba —murmuró simplemente. Cerró el contacto y, ahora sí, se puso en pie.

Tenía en el bolsillo la dirección del hombre de Orión. Sería una buena idea, se dijo, hacerle una visita.

* * *

Jub llegó ante la puerta de la casa y se detuvo a reflexionar un momento. Allí no era como en Crissia, donde debía contar con los posibles roces que se pudieran producir con el director Bhar.

Aunque no por ello debía dejar de ajustarse a las leyes, tenía la seguridad de que Mura le echaría una mano, en caso necesario.

Por tanto, entraría sin pedir permiso. Antes, sin embargo, decidió explorar el terreno.

Sacó del bolsillo un objeto semejante a una ventosa, no mayor que la uña de su pulgar, y lo aplicó a la puerta. Un delgado hilo comunicaba el fonocaptor con un audífono que se insertó en la oreja izquierda.

La voz del ocupante del piso llegó inmediatamente a sus tímpanos. Al parecer, Rodd no estaba solo. Jub se felicitó por haber tomado aquella precaución. Le convenía ser visto solamente por el ocupante del piso.

—Le digo que no —exclamó el sujeto en aquel momento—. Yo siempre soy fiel a mis tratos, dama Actea.

Al escuchar aquel nombre, Jub pegó un respingo tal, que estuvo a punto de romper el cable del fonocaptor. Sin embargo, consiguió mantener la serenidad y continuó escuchando.

—Quinientos círculos —dijo Actea.

—No —repitió Rodd obstinadamente.

—Mil —dijo ella.

—Váyase. No quiero seguir hablando con usted.

—Le denunciaré a la policía.

Jub oyó una risita.

—¿Usted? ¿Un pez gordo de los P.R.H.? Está de broma, dama Actea. Ande, váyase y déjeme en paz de una vez.

—Mil quinientos —insistió la joven.

—¡Le he dicho que no! —bramó el orionita—. ¿Es que me expreso en terrestre para que no me entienda?

—Está bien —contestó Actea—. Veremos qué dice usted cuando la policía le pregunte lo mismo que le he preguntado yo.

—Sería divertido, si usted lo hiciera, pero no se atreverá a delatar a su prometido —contestó el orionita—. Y ya hemos hablado bastante, así que…

Jub entendió que el individuo daba la conversación por terminada y recogió rápidamente el fonocaptor. Luego se apartó de un salto de la puerta, pegándose al muro, en el lado opuesto a la escalera.

La puerta se abrió. Desde el umbral, Actea, medio vuelta hacia el

interior, aunque de espaldas a Jub, dijo:

—Le aseguro que se arrepentirá, Rodd. Se arrepentirá.

—¡Ja! —se burló el orionita cínicamente.

Actea cerró de un portazo y se dirigió hacia la escalera. Jub mantuvo la tensión hasta que la vio desaparecer.

Ella no se había dado cuenta de su presencia. Jub respiró aliviado.

Luego se dirigió a la puerta y movió el pomo. Rodd no había cerrado con llave.

Cruzó el umbral. Rodd estaba de espaldas a él, tomando una copa de vino.

Jub cerró en silencio. Luego dijo:

—Sírvame otra, Rodd.

El orionita se revolvió velozmente. Al ver a Jub, metió la mano dentro de su blusa.

Se inmovilizó instantáneamente, cuando se vio frente a la boca de un arma, sostenida por la mano de Jub con granítica firmeza.

—Suelte la artillería, Rodd —ordenó el joven.

Rodd sacó la mano vacía.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Desland, vicecomisario de Orden Galáctico.

—Un policía —dijo el orionita.

—Así es —confirmó Jub.

—Ha entrado en mi casa sin permiso. Voy a denunciarlo.

Jub le señaló el visófono.

—Está en su derecho. Hágalo —accedió amablemente.

—Le degradarán, si no le expulsan —profetizó Rodd.

—Correré el riesgo. ¿Por qué no usa el visófono?

Rodd se acercó al aparato y pulsó la tecla de contacto. Jub dijo:

—Cuando me interroguen acerca de los motivos por los que he entrado en su casa sin permiso, diré que tengo sospechas de que usted está preparando un acto delictivo, en connivencia con una organización que solo tiene simpatías entre ciertos fanáticos. Le pedirán explicaciones, Rodd, créame.

La cara del orionita se puso gris.

—No entiendo de qué me habla —contestó en tono vacilante.

—Esta mañana le vi en el Parque Doce hablando con un sujeto llamado Regh Wisov. Quiero saber de qué trataba la conversación.

—Yo no he estado jamás en ese parque —protestó Rodd.

—¿Quiere que le enseñe fotografías? —dijo Jub, lanzando una pequeña bravata.

Rodd se desplomó sobre un sillón.

—He tenido mala suerte —se quejó.

Jub sonrió satisfecho.

—Hable, Rodd —invitó.

—Wisov me ha dado dos mil círculos por… por estar en la ventana del cuarto trescientos veinte del Alto Hotel dentro de tres días exactamente.

—¿Eso es todo?

—Allí recibiré otras instrucciones; eso es todo lo que sé.

Jub meditó unos instantes.

Era posible que Rodd no supiera nada más. El resto de las órdenes le serían transmitidas en el momento adecuado.

—¿A qué hora? —preguntó.

—A partir de las nueve de la mañana y hasta el anochecer. En ningún momento debo moverme de allí —contestó Rodd.

Jub pensó que ya tenía más que suficiente.

—Levántese y ponga las manos tras la nuca —ordenó.

Rodd obedeció amedrentado. Jub guardó la pistola y sacó algo que parecía un pequeño lápiz.

Se acercó a Rodd.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó el orionita aprensivamente.

—Nada —sonrió Jub—. Simplemente, procurar que siga las instrucciones que le ha dado el G.S. Regh Wisov.

Acercó el lápiz a la nariz de Rodd y le lanzó un chorro de gas hipnótico. Las manos del orionita cayeron a sus costados casi en el acto.

—Harás vida normal a partir de ahora y cumplirás todo lo que te haya mandado Wisov, pero olvidarás que me has visto y has hablado conmigo. Tú no me conoces, no has visto jamás al vicecomisario Jub Desland. ¿Entendido?

—Sí —contestó Rodd con voz neutra.

Jub hizo un gesto de asentimiento. Los efectos del gas durarían un cuarto de hora aproximadamente.

Ni siquiera recogió las armas del orionita. Ello podría haberle

hecho concebir sospechas y no le convenía dejar el menor rastro de su estancia en aquella casa.

Capítulo VIII

ACTEA KINTROP desfiló por el gigantesco vestíbulo del hotel, ataviada con el lujo de costumbre. Parecía dirigirse a una fiesta, puesto que llevaba el pelo peinado en una alta pirámide, sostenida por hilos de pedrería. Al brazo izquierdo llevaba una especie de manto, cuyo valor, a simple vista, resultaba incalculable.

Un empleado del hotel la cortó el paso.

—Perdón, dama Altea —dijo—. La esperan en el bar.

Ella arqueó las cejas.

—¿Quién? —preguntó.

—Lo siento, dama; no ha querido decirme su nombre.

Altea vaciló un instante. Luego asintió:

—Está bien, gracias.

Varió la dirección de su marcha, tomando ahora un camino en ángulo recto, y se dirigió al lugar señalado. El bar estaba montado de acuerdo con la categoría del hotel.

Altea se detuvo en el umbral y recorrió con la vista el vasto espacio donde clientes, amigos y visitantes charlaban y pasaban el rato. Una mano se agitó al fondo.

Dio dos pasos y, de pronto, se detuvo. Balanceándose en una cómoda silla antigravitatoria, Jub la miraba sonriendo.

Altea hizo un gesto de enojo. Finalmente, acabó por decidirse y avanzó hacia el policía.

Jub se puso en pie.

—Espero sepa perdonarme la osadía, dama Altea —dijo—. Sabía que estaba en el hotel y cuando pregunté en recepción, me

anunciaron que iba a salir pronto. Va a una fiesta, creo.

—Así es —repuso ella secamente—. ¿Tiene algo que decirme, vicecomisario?

Jub extendió la mano.

—¿Por qué no se sienta y tomamos juntos una copa de vino terrestre? A una dama de su hermosura bien se le pueden perdonar diez o quince minutos de retraso.

—Usted… invitarme a mí —dijo Actea despreciativamente.

—¿Por qué no? Aquí no estamos en Crissia, donde yo estaba sujeto a ciertas limitaciones. En Ciudad Central tengo, efectivamente, y no solo en lo legal, los mismos derechos que cualquier otro ciudadano. El Alto Hotel podría ser clausurado si su dueño se atreviese a negarme el acceso.

—Una ley disparatada —comentó ella—. Está bien, acepto la copa de vino. A fin de cuentas, es lo máximo que puede hacer usted conmigo: invitarme a beber —añadió insultantemente.

Jub se puso pálido. No obstante, mantuvo la sonrisa.

Alzó una mano. Un camarero acudió al instante.

Jub pidió dos copas y luego se sentó. Altea permanecía sentada frente a él, rígida, con las manos sobre el regazo.

—¿Qué tiene que decirme? —preguntó—. Sea breve, no quiero hacer esperar a mis invitados.

—Espere un momento —pidió él.

Jub aguardó hasta que el camarero les hubo servido el vino. Ella no tocó siquiera la copa.

—¿Se siente denigrada al beber en compañía de un hombre-L? —preguntó él.

—Sí. ¿Para qué andarnos con rodeos?

—Bueno, es una manera de pensar como otra cualquiera y no voy a tratar de que cambie usando la fuerza. No obstante, me parece que está muy poco convencida de lo que asegura y practica externamente.

—¿Se refiere usted a que detesto a los hombres de su clase?

—Por supuesto.

—Estoy plenamente convencida de que, ya que existen, deben ser relegados a tarcas secundarias. Es más, propugno activamente la supresión de los laboratorios donde les fabrican a ustedes.

—Sí, eso es lo que dice en voz alta. Pero ¿lo practica realmente?

—¿Duda de mí en ese sentido?

—Desde luego. De otro modo, no tendría sentido su visita a un sujeto de pelo rosado llamado Kell Rodd.

Actea se sonrojó vivísimamente.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—No suelo revelar los nombres de mis informantes —contestó él —. Un policía no lo hace nunca.

Ella se mordió los labios.

—Bien, no importa. He hablado con Rodd. Pero eso no es ningún delito, me imagino.

—Por supuesto. Sin embargo, tengo la impresión de que Rodd se dispone a cometer un delito y usted trataba de evitarlo. ¿No es así?

Actea le miró fijamente durante algunos segundos. Su esbelto pecho subía y bajaba con cierta rapidez.

—Prefiero no contestar —dijo al cabo.

—Como quiera. Sin embargo, usted parecía muy interesada en conocer la conversación que su prometido ha tenido con Rodd.

—Es verdad, pero eso no indica que… Bien, le he dicho que no quiero hablar. ¿No tiene nada más que decirme, vicecomisario? —preguntó Actea con visibles signos de impaciencia.

—Puesto que no quiere seguir la conversación… ¿Le dirá a su prometido que hemos estado hablando del tema?

Actea vaciló.

—No lo sé —respondió opacamente.

Jub sonrió.

—Callará —afirmó.

Actea se puso en pie violentamente.

—Basta —dijo—. Cada una de sus palabras es un insulto, vicecomisario.

—Lo siento, dama —se excusó él. Miró el manto que ella llevaba al brazo: estaba literalmente sembrado de piedras preciosas, cuya separación entre sí no era mayor de un centímetro. Actea no lo hubiera podido llevar, de no haber estado provista la prenda de un mecanismo antigravitatorio que reducía su fenomenal peso a una centésima parte—. Un manto precioso —alabó.

—Lo es —contestó Actea secamente.

—Un lujo excesivo —comentó Jub.

—Puedo permitírmelo. Y pago impuestos.

—Claro, claro —sonrió él—. No ha probado el vino, dama Actea.

Ella curvó los labios despectivamente.

—Ya conoce los motivos —contestó. Y se dispuso a marcharse, pero antes de volverse del todo, lanzó una pregunta—: ¿Cómo ha sabido que yo estaba aquí?

—Su prometido está en Ciudad Central. Parece, pues, lógico, que la M.I.D. Actea Kintrop no se halle demasiado lejos del hombre con quien un día se casará.

—Es cierto —confirmó ella—. Adiós, vicecomisario.

Jub se inclinó cortésmente. Pese al aparente fracaso del diálogo, había obtenido unos resultados mejores de los que había esperado en un principio.

Actea reprobaba algunos de los métodos de la P.R.H. No obstante, su mente se hallaba todavía poseída por determinados condicionamientos sociales de los que le era muy difícil desprenderse.

Y lo malo era, se dijo con resignación, que no había medio humano con el cual persuadirla a mirar a los hombres-L con ojos más benignos.

* * *

—¿Qué importante acontecimiento se producirá pasado mañana? —preguntó Jub.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! —respondió su jefe, Binos Mura—. Es la apertura del período legislativo de la Cámara Máxima. Ya conoce el protocolo, ¿no?

Jub asintió en silencio. Claro, ¿cómo no lo había sabido recordar antes?, se reprochó a sí mismo.

El Gran Presidente acudiría a la apertura del Parlamento Galáctico. La ceremonia se realizaría con el imponente protocolo de costumbre. Un desfile anticuado, pero que no variaba con los siglos.

El Gran Presidente, acompañado del Moderador de la Cámara Máxima, desfilaría en un antiquísimo carruaje, tirado por doce caballos blancos, importados del Octavo Sistema, en el único planeta, el tercero, donde se criaban tales animales. Las tropas desfilarían a ambos lados del cortejo… pero el carruaje de caballos, en contra de lo que sucedía a los demás vehículos usados ordinariamente por el Gran Presidente, no contaría con la usual

protección de un escudo de energía que lo aislaba de cualquier atentado.

El momento estaba bien elegido. Y, naturalmente, sería un hombre-L el autor del atentado.

Perfecto. ¿Qué más podían pedir los hombres de la P.R.H.?

Aquella funesta organización no había tenido demasiado éxito en Ciudad Central, población compuesta por gentes tolerantes y liberales. El Gran Presidente era muy querido del pueblo.

Cuando se extendiese la noticia del atentado…

Los resultados eran fáciles de adivinar. La P.R.H., por reacción crecería como la espuma en Ciudad Central.

—Gracias, jefe —contestó Jub—. ¿No tiene nada hoy para mí?

—No. Vuelva la semana que viene —indicó Mura.

Jub abandonó el despacho. Estaba corriendo un riesgo.

El riesgo no consistía en que los asesinos ejecutasen su atentado, sino en que Actea mencionase a Wisov la conversación que había tenido con él en el Alto Hotel.

Pero, a su entender, valía la pena correr aquel riesgo.

* * *

La gran avenida estaba rebosante de gentío. Innumerables gallardetes pendían de postes, columnas, árboles y de los muros de los edificios. La ceremonia sería transmitida por televisión estereocromática, pero todo el que podía hacerlo había preferido contemplarla en persona.

Alegres músicas sonaban a través de las redes de altavoces. Jub se dijo que eran reminiscencias de los primeros colonos terrestres que habían llegado a aquellos parajes muchos siglos antes.

A las nueve menos cuarto, estaba ante la puerta de la habitación número trescientos veinte. Sacó una llave universal y abrió sin dificultades.

Era una suite de lujo, como todas las del hotel. Frente a la puerta había un gran ventanal. El vidrio medía dos metros de alto por cuatro de largo.

Era la única habitación que daba a la avenida. Puesto que el ambiente estaba debidamente climatizado, Jub se preguntó cómo pensaba Rodd efectuar su primer disparo contra el Gran Presidente.

El salón era amplio, lujoso. Jub se acercó al ventanal, cuyo

vidrio estaba firmemente sujeto al marco. La habitación se hallaba situada en el tercer piso. Desde allí se dominaba perfectamente la avenida.

Probó el mecanismo de las cortinas. Se corrían y descorrían satisfactoriamente. Luego fijó la vista en el panorama circundante.

El otro lado de la avenida era la orilla de un frondoso parque, el número Siete. Setecientos metros más allá, se alzaban los edificios de otra avenida.

Consultó su reloj. Eran las nueve menos dos minutos.

El mejor lugar para esconderse, calculó, era el más simple: las cortinas. Hasta las diez no pasaría frente al hotel la cabeza del cortejo.

A las nueve en punto, se abrió la puerta y entró el orionita. Jub lo oyó moverse por la habitación y luego se dio cuenta de que se aproximaba al ventanal.

Rodd examinaba la calle con atención. Muchos otros huéspedes estarían haciendo lo propio en el mismo momento.

Rodd se apartó del ventanal y se sentó en un sillón. El tiempo empezó a pasar.

Transcurrieron treinta minutos. Llamaron a la puerta.

Rodd se puso en pie y abrió.

—Diga —habló con voz neutra.

—Me envía el Número Uno —dijo el recién llegado—. Aquí tiene usted; las instrucciones van dentro de la caja.

—Está bien —contestó Rodd—. Tome…

—Gracias —dijo el otro—. Los portes están pagados. Adiós.

Rodd cerró la puerta. Jub se arriesgó a asomar un ojo para ver lo que hacía el sujeto.

El envío era una caja de forma alargada, atada con una gran cinta. Parecía un regalo.

Rodd soltó la cinta y abrió la caja. Jub vio un rifle de forma extraña en el interior.

Además del rifle había un mensaje escrito y un pequeño objeto parecido a un lápiz, de veinte centímetros de largo, por uno de grueso. Rodd leyó atentamente el mensaje y luego cogió el lápiz.

Se acercó a la ventana y se arrodilló junto al antepecho. Un chorro finísimo, de gran potencia lumínica, brotó al instante del lápiz.

Rodd fundió el vidrio, practicando en él un orificio de unos diez centímetros. La potencia calórica del artefacto era tal, que el vidrio escapaba a la atmósfera convertido en vapor apenas perceptible.

Una vez hecho el agujero, se puso en pie. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la mesa donde estaba el rifle.

La caja aparecía vacía. Rodd sintió un terrible sobresalto.

—Lo tengo yo —dijo Jub, levantándose de detrás de un sillón cercano.

Rodd retrocedió un paso.

—¿Quién es usted? —preguntó acobardado.

Jub sonrió.

—Usted no me recuerda, pero le visité hace tres días, después de que hubo salido de su casa la M.I.D. Actea Kintrop —contestó.

Capítulo IX

EL orionita retrocedió un par de pasos.

—No… no le recuerdo —balbució.

—Le apliqué una droga hipnótica y le ordené que me olvidara —manifestó Jub apaciblemente. Sacó un papel—. El Número Uno es el G.S. Regh Wisov, ¿no es cierto?

La caja había contenido también una insignia como la que Jub se veía obligado a usar. Jub se la arrojó y el orionita la atrapó al vuelo instintivamente.

—Tiene que hacerse pasar por uno de nosotros —dijo Jub—. Pero ¿es que no se da cuenta de lo que eso significa?

Rodd se sentía abrumado.

—No… no entiendo…

—¡Imbécil! —le apostrofó Jub—. Usted iba a matar al Gran Presidente. ¿Qué se cree que habría sucedido después? Alguien le habría dado muerte a usted y, al recoger su cadáver, se habría visto que pertenecía a nuestra clase. ¿Cómo pudo ser tan tonto como para aceptar tomar parte en una farsa tan deleznable?

Rodd vacilaba todavía.

—¿Qué debía hacer usted después de matar al Gran Presidente? —inquirió Jub.

—Bien, pues… recogería todo y me iría del hotel —contestó Rodd.

Jub meditó unos segundos. Luego, sin soltar el rifle que debía haber servido para cometer el asesinato, se encaminó hacia la puerta. Al llegar a ella, movió la mano izquierda.

—Apártese un poco —bisbiseó.

Rodd dio dos pasos laterales. Jub abrió la puerta de golpe.

Un individuo se volvió, sobresaltado. Antes de que pudiera reaccionar, se encontró con el cañón del rifle bajo las narices.

—Entre —ordenó Jub lacónicamente—. Manos en alto, desde luego.

El sujeto obedeció. Jub cerró de un taconazo y dijo:

—Rodd, quiero demostrarle que soy amigo suyo. Registre a este hombre.

El orionita lo hizo en el acto. Una pistola automática pasó a su poder de inmediato. Jub, precavido, se la quitó acto seguido.

—¿Es el mismo que le trajo la caja con el rifle? —preguntó Jub.

—Sí —respondió el orionita.

—Estaba esperándole ahí fuera —dijo Jub—. Le habría matado apenas hubiese disparado usted contra el Gran Presidente.

La cara del prisionero estaba lívida.

—Yo no…

Rodd hervía de ira.

—¡Me engañaron! —aulló.

—Pues ¿qué se creía? —contestó Jub sonriendo—. Vamos, muchacho, diga el nombre del Número Uno. Sé quién es, pero prefiero oírlo de sus labios.

Rodd se llenó los pulmones de aire.

—Es…

Súbitamente, se oyó una nota musical de agudos tonos. El cuerpo del orionita fue sacudido por una terrible convulsión.

Rodd tartajeó algo ininteligible. Luego, de golpe, se desplomó al suelo, en donde quedó inmóvil.

Jub se lanzó a un lado, escapando así a los siguientes disparos hechos por el invisible tirador. El otro individuo quiso correr, pero fue alcanzado por dos proyectiles que lo fulminaron instantáneamente.

Jub se arrastró hacia la ventana, en la que se veía a varios orificios con bordes de una limpieza absoluta, tal era la velocidad de los proyectiles. Los disparos no podían haber sido hechos desde la calle.

Desencajó el teleobjetivo del rifle y lo usó a modo de anteojo, explorando con él los edificios del lado opuesto del Parque Siete.

¡Había tantas ventanas!, se dijo, desanimadamente.

Resultaba patente que alguien había estado observando lo que sucedía en la habitación, incluso provisto de un fonocaptador, para oír cuanto se hablaba. El tirador se había dado cuenta de que Wisov estaba a punto de ser delatado y había actuado en consecuencia.

El visor tenía una gran potencia óptica. Jub estaba seguro de que ya no le sería posible alcanzar al tirador, así que exploró las ventanas con gran detenimiento, hasta que encontró una, los reflejos de cuyo cristal estaban interrumpidos por un círculo más oscuro.

La ventana era de un cuarto piso. El desnivel, aunque pequeño, era suficiente para dominar la habitación del hotel. Al tirador le había resultado sencillísimo disparar su rifle.

Todavía arrastrándose, a guisa de precaución, cerró las cortinas. Luego se puso en pie…

Miró los cuerpos tendidos en el suelo. Ya no se podía hacer nada por ellos. Los proyectiles colapsantes provocaban el paro instantáneo del corazón por destrucción de los nervios que activaban su funcionamiento.

En la calle se oyeron los primeros gritos de júbilo. El cortejo se acercaba a los lugares próximos al hotel.

Después de algunas vacilaciones, se resolvió a salir de la habitación. Guardó el rifle en la caja, la acomodó tal como estaba en el momento de la entrega y se marchó.

* * *

Sin embargo, no abandonó el hotel. Momentos después, estaba ante la puerta de una de las suites más exclusivas, situada en los pisos altos.

Presionó el pulsador de llamada. A los pocos segundos, se abrió la puerta.

Actea le miró desde el umbral. Ahora tenía el pelo suelto por la espalda y vestía una morigerada túnica flotante, de tejido opaco, que le llegaba hasta los tobillos.

—¿Puedo pasar? —solicitó Jub.

—Claro —accedió Actea, echándose a un lado—. ¿Qué desea?

Jub sonrió.

—Lamento defraudarla, pero esto que traigo no es ningún

regalo.

Ella cerró la puerta.

—No me defrauda —contestó—. ¿A qué ha venido?

Jub desató el lazo y echó a un lado la tapa de la caja.

—Interesante —dijo Actea, al ver el rifle colapsante.

—Iba a servir para asesinar al Gran Presidente —manifestó Jub, muy serio.

—No me diga —se burló ella—. ¿De dónde se ha sacado esa monumental fábula?

—Abajo, en la habitación trescientos veinte, hay dos cadáveres —dijo él, impasible—. Uno de ellos es Rodd, el orionista que no le quiso revelar a usted lo que había hablado con su prometido. El otro es un sujeto del que me imagino era uno de los hombres de confianza de Wisov.

Actea palideció ligeramente. Era fácil ver que el policía no bromeaba.

—¿Cómo sabe usted lo de los dos cadáveres?

—Estaba con ellos cuando murieron. Yo me salvé por el grosor de un cabello —Jub explicó rápidamente lo sucedido y añadió—: Resulta indudable que el G.S. Wisov quería tener cubiertas todas las salidas.

—Aun así —dijo Actea—, no me convence usted.

Jub sacó de la caja un trozo de papel y se lo entregó a ella.

—Lea —indicó.

Actea obedeció. El mensaje era muy escueto:

> El Gran Presidente pasará por delante de su ventana a las 10.09. ¡No falle!

Luego de haber leído la nota, levantó los ojos hacia el joven.

—Esto no es nada incriminatorio —manifestó.

Jub sonrió.

—¿De veras? Sería curioso conocer la opinión de un Juez-Jurado, en posesión de todos los antecedentes del caso, por supuesto. No le arrendaría la ganancia a su prometido, créame, dama Actea.

—¿Cómo lo probaría usted? —preguntó ella.

Jub recuperó el papel.

—El mensaje ha sido escrito mediante una dictógrafa. Ya sabe, uno se sienta frente a la máquina, pulsa el botón de puesta en marcha y empieza a hablar. El aparato escribe lo que uno dicta en voz alta.

—Lo sé —dijo Actea—. ¿Y…?

Jub dobló la nota cuidadosamente.

—Es imposible evitar la respiración mientras se habla. Por tanto, el aliento del que dictaba el mensaje ha rozado el papel. Partículas microscópicas de su saliva, que se expelen continuamente al hablar, fragmentos infinitesimales de humedad procedente de las fauces y de los pulmones, han ido a parar al papel. Esa humedad se ha evaporado, por supuesto, pero dejan rastros de elementos sólidos, mil veces más pequeños que motas de polvo, los cuales quedan ineludiblemente adheridos al papel. El resto es cosa del laboratorio de la policía.

Actea se sobresaltó.

—Aun así, demostrará que ha sido dictado por una persona, pero nada más —objetó—. ¿Cómo probaría usted que el mensaje ha sido escrito por un sujeto determinado? Imposible, creo yo.

Jub sonrió.

—Cada persona tiene una fórmula molecular netamente diferenciada de las demás —contestó—. Los técnicos de los laboratorios policiales obtendrán esa fórmula del papel. Imagínese el resto.

Actea se sentó en un sillón.

—Estoy anonadada —confesó.

—Me parece lógico. ¿No creyó nunca que su prometido pudiera planear asesinatos?

—No —musitó ella—. Me parece increíble… aunque ya no puedo dudar de lo que usted asegura.

—Wisov se oculta bajo el pseudónimo de Número Uno. ¿No le dice nada eso, dama Actea?

Ella levantó los ojos para mirarle.

—No entiendo —murmuró débilmente.

—Significa que Wisov pretende erigirse, si ya no lo es, en jefe de la organización, de la cual es usted destacada dirigente. Un día —añadió Jub—, le contaré en qué consisten los auténticos fines de la P.R.H., los cuales, por ahora, son solamente conocidos de unos

cuantos, entre los cuales, me supongo, no figurará usted.

—¿A qué fines se refiere?

Jub empezó a recoger la caja.

—Todavía es pronto para hablar —contestó.

Actea se puso en pie de un salto.

—Seré discreta —prometió.

—No —dijo Jub tercamente.

—¿Le he delatado a mi prometido? —exclamó Actea—. Podía haberle dicho que usted conocía su conversación en el parque con Rodd, pero callé. ¿Por qué, pues, no se fía ahora de mí?

Jub terminó de anudar el lazo de la caja. Luego fijó los ojos en el bello rostro de Actea.

—Porque sigue siendo todavía mi enemiga —respondió—. No enemiga en un sentido estrictamente personal, sino de todos los seres humanos que nos vemos obligados a llevar esta insignia en el pecho.

Se puso la caja bajo el brazo.

—Ha sido un placer —declaró fríamente.

Y se dirigió hacia la salida, sin que ella le dirigiera una sola palabra.

* * *

Actea abrió la puerta de la habitación al hombre que estaba sentado ante una mesa, devorando silenciosamente su rabia con la ayuda de una botella de vino.

—Estás disgustado, Regh —dijo.

Wisov la miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Han muerto Rodd y otro hombre. El Gran Presidente ha abierto el período legislativo. Ningún hombre-L ha atentado contra él.

Wisov se puso en pie con lentos movimientos.

—¿Quién te ha dicho tantas cosas? —gruñó.

—¿Importa eso algo? —respondió Actea—. Regh, he podido darme cuenta de que no eres el hombre sincero que aparentas. Eres terriblemente ambicioso, vano, orgulloso, egoísta hasta límites inconcebibles… ¡y asesino!

—¡Actea! —chilló el hombre.

—Me has decepcionado terriblemente —confesó ella—. Llegué a creer en ti, en tus proyectos, los estimé, dentro de lo ambiciosos que eran, nobles y altruistas. Detesto a los hombres-L, lo sabes tan bien como yo, pero no puedo consentir que para luchar contra ellos llegues a extremos tan reprobables como el magnicidio. Regh, no te delataré, pero cancelo nuestro compromiso.

Wisov se quedó atónito.

—¡Actea! Tú no puedes hacer eso —exclamó.

—¿No? —sonrió ella—. Está hecho ya, Regh.

Se quitó un anillo y lo dejó sobre la mesa.

—Te lo devuelvo —dijo—. Pensé en cambiarlo con orgullo por el de esposa, pero eso es algo que no sucederá jamás. Por supuesto, tampoco quiero saber ya nada de tu criminal organización.

—¡No es criminal! ¡Queremos pureza de raza, hombres que… que lo sean y no simples monigotes de carne y hueso, fabricados en un laboratorio! Y cualquier medio es bueno para conseguir…

—Basta —cortó ella—. No sigas, Regh, no lograrás convencerme. Repito que hemos terminado. ¡Para siempre! —concluyó tajantemente.

Y salió.

Durante largos minutos, Wisov quedó en aquel lugar devorando la rabia y los celos que hervían en su interior. Al cabo de un rato, empezó a pensar en el mejor medio de vengarse del individuo que había no solo alterado sus planes políticos, sino que era el causante de la ruptura de su compromiso matrimonial con una hermosa mujer.

Capítulo X

EL gong del visófono sonó suavemente. Jub maldijo entre dientes.

—Podía haber esperado a que terminase de ducharme —rezongó.

Cortó el agua, se envolvió en una toalla y, chorreando líquido abandonó el cuarto de baño.

Llegó al visófono y dio el contacto.

—Vicecomisario Desland —anunció.

Una voz femenina brotó ansiosamente por el altoparlante.

—¡Jub! Necesito hablar con usted. Pronto, por favor —pidió Actea.

El joven respingó.

—¿Qué le pasa, dama Actea? —preguntó.

—No tengo tiempo que perder —contestó ella—. Es muy urgente. Vístase, por favor. Le estoy esperando.

—Pero… Bien, deme su dirección, dama Actea —pidió Jub.

—Avenida Doscientos Diez, número dieciocho. Es una casa aislada. El tejado es de color rojo. La reconocerá enseguida.

—Bien, iré lo antes que pueda. Mientras tanto, ¿no podría anticiparme…?

—Se trata de la P.R.H… pero repito que no puedo darle más detalles por ahora. Venga, Jub —insistió Actea.

Jub confirmó su respuesta y cortó la comunicación.

Regresó al cuarto de baño y terminó su aseo. Sentíase preocupado.

La llamada de Actea no le parecía muy natural. Claro que también él desconfiaba de la joven. ¿Por qué no podía haber cambiado de modo de pensar con respecto a los hombres-L?

«Gynt» le salió al paso cuando se disponía a abandonar el piso. Jub acarició la enorme cabezota del animal.

—Lo siento, «Gynt», no puedes venir conmigo —dijo, como si el perro pudiera entenderle—. En la cocina tienes un plato lleno de comida y hay agua también. Anda y come, «Gynt».

Salió de casa y caminó durante un rato sobre una cinta rodante, hasta una estación de servicio, en donde alquiló una alfombra voladora. Momentos más tarde, se lanzaba a toda velocidad hacia el lugar señalado por Actea.

La descripción hecha por la joven le ayudó a encontrar la casa fácilmente. Estaba rodeada por un frondoso jardín, en el que abundaban los árboles de gran tamaño. Jub tomó tierra en un claro del jardín y saltó al suelo.

Caminó hacia la casa, tanteando con la mano la culata de su pistola temporal. Era preciso estar prevenido.

La puerta se abrió cuando estaba a punto de llegar a ella. La esbelta silueta de Actea se recortó contra el umbral.

—Entre, Jub —invitó ella.

Jub subió tres escalones. Cruzó la puerta y se emparejó con la joven.

—Por aquí —indicó ella.

Dieron dos pasos en el interior de la casa. Entonces, Jub notó detrás de sí una respiración jadeante.

Quiso volverse, pero era ya tarde. Algo muy duro le golpeó en el cráneo.

Empezó a caer hacia adelante. Oyó un agudo chillido femenino, pero el sonido de la voz de Actea se alejó rapidísimamente, mientras se sentía hundirse en una sima sin fondo.

* * *

Abrió los ojos. La voz de Actea volvió a sonar nuevamente en sus oídos.

—¡Jub, Jub!

Actea estaba arrodillada a su lado, sosteniendo un vaso de agua con una mano, mientras que con la otra se esforzaba por ayudarle a

incorporarse.

—Beba —dijo ella—. Es todo lo que puedo darle.

Jub se sentó en el suelo. Todavía se sentía mareado y la cabeza le dolía horriblemente.

—Deme el vaso —pidió.

En lugar de beber el agua, se la arrojó por la cara y la nuca. Así se despejó un tanto. Luego miró a la joven, sentada sobre sus talones, frente a él.

Actea parecía sumamente desanimada.

—Lo siento, Jub. Me amenazaron de muerte —dijo.

—¿Wisov?

—Sí. Me trajo aquí a la fuerza… —el pecho de Actea se agitó ostensiblemente—. Había roto mi compromiso con él. Está loco de celos.

—¿Celos de mí? —rio él amargamente—. ¡Se necesita estar loco!

—Lo está, Jub —declaró Actea—. Va a vengarse de los dos.

Jub frunció el ceño.

—Eso ya no me gusta tanto —dijo—. ¿Cuáles son sus proyectos? ¿Los conoce usted?

—No —respondió la joven—. Pero tengo miedo, Jub.

—Es lógico —admitió Jub llanamente. Se puso en pie—. De todas formas, veremos qué podemos hacer.

—Nada, Jub —dijo ella—. Wisov dispone de lo menos doce pistoleros, los cuales tienen órdenes severísimas de disparar si intentamos fugarnos. Y lo harían, estoy segura.

Jub se acercó a la ventana.

La huida por allí era imposible. Unos fuertes barrotes impedían la salida al jardín, por el que vio pasearse a unos sujetos de cara pétrea, armados hasta los dientes.

Giró en redondo y se acercó a la puerta. Tanteó el pomo.

Estaba cerrada con llave. Alguien oyó el ruido y, desde afuera, gritó:

—¡Será mejor que permanezcan quietos, muchachos!

Jub se volvió hacia la joven. Los hermosos ojos de Actea estaban llenos de lágrimas.

—No podemos hacer nada —dijo ella afligidamente.

Jub se tanteó las ropas. Le habían quitado todas las armas y objetos que podían servir para una acción ofensiva.

—He caído como un tonto —masculló, disgustado consigo mismo, pero no desanimado.

* * *

La puerta se abrió de pronto, cuando era ya de noche.

Wisov apareció en el umbral. Sonreía cínicamente.

—Su captura ha resultado de una sencillez ridícula —dijo.

—No es preciso discutirlo —contestó Jub serenamente—. ¿Cuál es el paso siguiente?

—Lo sabrá ahora —Wisov hizo una seña y cuatro hombres entraron en la habitación. Dos de ellos iban armados con sendos rifles colapsantes.

—Las manos —pidió uno de los otros.

Jub alargó los brazos. Unas esposas cronométricas se cerraron sobre sus muñecas.

Las de Actea quedaron igualmente sujetas. Luego, Wisov hizo una seña.

Sus esbirros empujaron a la pareja. Momentos más tarde, se hallaban todos en el jardín.

Entonces, Jub divisó una astronave posada en el suelo. Había espacio suficiente para ello, ya que el aparato medía menos de veinticinco metros de diámetro. Su forma era lenticular y el metal brillaba en la oscuridad con reflejos plateados.

Wisov se situó junto a la escotilla, sin dejar de sonreír.

—La nave es para ustedes dos —dijo—. Las esposas cronométricas están graduadas exactamente para dentro de cuarenta y ocho horas, que es cuando llegarán a su punto de destino.

Jub levantó sus manos esposadas.

—Podemos utilizar la radio —alegó.

Wisov meneó la cabeza.

—Está todo previsto. No hay radio ni instrumentos de pilotaje. Por supuesto, podrán moverse dentro de la nave con entera libertad, pero no pedir socorro ni llamar la atención de nadie. Los propulsores funcionarán automáticamente a partir del momento en que yo pulse el botón de arranque.

»La maquinaria está ya programada para una órbita determinada. Hay un explosivo con espoleta de relojería, que

destruirá la nave dos minutos después del aterrizaje. Si ocurriese algún fallo… bien, no lo sentiría demasiado, aunque sí confieso que me llevaría un ligero disgusto. ¡Ah, me olvidaba! No hay trajes espaciales en la nave, de modo que, en el caso improbable de que pudieran soltarse las esposas, tampoco podrían salir al espacio y rectificar los propulsores.

—Lo ha previsto todo —dijo Jub fríamente.

—En efecto —sonrió Wisov.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Actea, más práctica.

Wisov la miró largamente.

—¿Has oído hablar alguna vez de Yassor? —preguntó.

—No —confesó ella.

—Es un planeta completamente desierto y apartado por completo de las espaciolíneas —dijo Jub.

—Justamente —corroboró Wisov con triunfal acento—. No hay ni un ser humano; la colonización de Yassor no se ha estimado rentable, dados los peligros que encierra. Sin embargo, una pareja con imaginación podría sobrevivir. En realidad, no quiero que mueran; por eso he dejado al vicecomisario alguna de sus armas. Todo lo contrario, me interesa que vivan muchos, muchos años.

Actea se sorprendió.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No te resultaría más fácil y cómodo ordenar a tus esbirros que nos dieran muerte aquí mismo?

—Claro, pero así no disfrutaría tanto.

Actea parpadeó.

—Explícate, Regh —pidió.

—Es muy sencillo, querida. Llegaréis a Yassor y aterrizaréis allí. Os quedaréis en aquel planeta para siempre… la vida, peligros aparte, no es demasiado difícil, creo. Pero eso, que a una pareja normal no arredraría demasiado, resultará un tanto inconveniente para una pareja compuesta por ti y un hombre-L.

Actea se sonrojó violentamente.

—Es una idea diabólica —dijo.

Wisov se inclinó.

—Una venganza digna de la humillación que he sufrido. ¿No me has postergado por preferir a un hombre-L? ¡Pues tendrás hombre-L para el resto de tus días!

* * *

El suelo del planeta se acercaba rápidamente.

Desde la altura, Jub y Actea pudieron ver la superficie de Yassor. Había bosques y ríos. El conjunto, en general, no resultaba demasiado diferente de otros planetas habitados.

—Me pregunto por qué no se ha colonizado Yassor —dijo Actea.

—Hay otros planetas mejores —contestó él—. Un día, la población humana crecerá y entonces será preciso establecer colonias aquí. Se eliminarán peligros, se arará el suelo y se exterminarán las plantas nocivas. Por ahora, sin embargo, sobran otros mundos donde ir acomodando a las gentes.

—Comprendo. Jub, usted parece conocer algunos detalles de Yassor. ¿Qué peligros nos acechan ahí abajo?

—Animales salvajes, principalmente. Hierbas venenosas, en no excesiva proporción y plantas carnívoras. Por lo demás el aire es respirable y las aguas no contienen elementos nocivos para la salud. ¿Ha comido usted alguna vez carne asada sobre las brasas?

—No sé qué es eso —respondió.

—Ahora lo conocerá de sobra —profetizó Jub.

El suelo estaba ya a unos pocos centenares de metros. Jub recogió sus armas: pistola radiante y pistola temporal. También, quizá como burla, le habían dejado un cuchillo de buena hoja.

Las esposas saltaron de pronto con metálico tintineo.

—Prepárese, dama Actea —dijo él.

—Jub, vamos a vivir juntos por mucho tiempo —habló la joven.

Él se volvió para mirarla.

—¿Lo desea de veras? Si no es así, yo puedo alejarme donde mi presencia no la moleste —manifestó.

—No. Correremos todos los riesgos —afirmó Actea—. Por favor, no… no me trates más con ceremonias. Olvida mi rango, ¿quieres?

—Claro, como gustes.

La nave descendía con gran lentitud. La distancia al suelo era de unos quince o veinte metros.

—Estamos llegando —dijo Jub sobriamente.

Y pensó que, salvo por una cosa, el destierro en Yassor junto a Actea no iba a resultar tan malo como había creído Wisov.

Capítulo XI

LAS patas del tren de aterrizaje golpearon suavemente el suelo. La nave osciló ligeramente y luego se quedó inmóvil.

Jub golpeó el botón de apertura. La escotilla giró a un lado.

Agarró la mano de la joven.

—¡Salta!

Había dos metros de distancia al suelo. Jub no se molestó en desplegar la escala de acceso. Por otra parte, la gravedad de Yassor era ligeramente inferior a la normal.

—Nos quedan menos de dos minutos —dijo.

Tiró de Actea. Corrieron desesperadamente, hacia un bosque cercano. Wisov no le había indicado la potencia del explosivo. Convenía prepararse para lo peor.

Jub alcanzó un árbol cuyo tronco tenía más de dos metros de grosor y se situó al otro lado. La distancia a la nave era de ciento cincuenta metros.

—Tiéndete en el suelo, Actea.

Ella obedeció. Jub consultó su reloj; faltaban escasamente cincuenta segundos para la explosión.

Un animal parecido a un gamo pasó dando enormes saltos. Jub lo contempló y dijo:

—Dará buenos filetes.

—No sé cómo tienes humor para bromear en estas circunstancias —se lamentó ella.

—No me gusta llorar por algo que ya no tiene remedio —contestó Jub, sin quitar la vista de su reloj—. Lo único que siento es

mi pobre «Gynt».

—¿Tu perro?

—Sí, se quedó encerrado en casa y… Bueno, quizá ladre y algún vecino oiga sus ladridos. Pero como nadie sabe que estamos aquí…

Faltaban ya solo diez segundos. Jub lo anunció y luego los contó a media voz.

—¡Ahora! —dijo, en el momento preciso.

La explosión resonó con menos fuerza de la esperada. Después de que sus ecos se hubieron disipado, Jub asomó la cabeza.

En torno a la nave había una espesísima nube de humo. Jub vio, además, una gran cantidad de llamas, de no demasiada intensidad, sin embargo.

—Aparte del explosivo, pusieron alguna composición térmica de gran potencia calórica —opinó—. El metal se está fundiendo como si fuese mantequilla.

—Se ve que Regh no olvidaba detalle —comentó Actea amargamente.

Jub se puso en pie. Actea, de súbito, lanzó un chillido.

—¡Jub!

El joven se volvió. Actea tenía enrollado un tentáculo alrededor de su pierna derecha, justo a unos centímetros sobre la rodilla.

El tentáculo oscilaba ligeramente. Jub divisó otro análogo que reptaba por el suelo en dirección a la joven.

Siguió con la vista hasta encontrar el origen del tentáculo, a unos diez o doce metros de distancia. Algo parecido a una flor de enormes pétalos brillaba con sombríos colores en lo profundo del bosque.

La flor estaba sostenida por un tallo del grosor de un cuerpo humano. Su corola medía siete u ocho metros de diámetro y sus pétalos tenían una apariencia carnosa, de contextura casi animal.

Un tercer tentáculo se desplegó del tallo, inmediatamente bajo la corola. En el centro de la misma oscilaban una especie de pistilos dotados de afilados aguijones, los cuales sobresalían de un fétido charco de líquido de apariencia siruposa.

Actea intentó soltarse. El tentáculo aumentó la presión.

—No te muevas —dijo Jub.

Era una planta carnívora. Actea ya no podría soltarse sin su ayuda. Los tentáculos la arrastrarían irremisiblemente hasta la

corola, cuyos pétalos se cerrarían sobre su cuerpo. Luego, los aguijones inyectarían sustancias tóxicas en su organismo y el proceso de digestión daría comienzo a poco.

Apuntó con la pistola térmica al centro de la corola. No ocurrió nada.

El segundo tentáculo atrapó la pierna izquierda de Actea. Ella volvió a gritar.

—¡Jub, por favor!

Jub estaba atónito. La planta carnívora había resistido perfectamente una descarga que habría fulminado a un caballo.

Disparó de nuevo. Los pétalos se estremecieron, pero no ocurrió nada.

—Ten calma —aconsejó—. Saldrás de este apuro.

Actea estaba muy pálida. El tercer disparo térmico resultó tan inofensivo como los anteriores.

—Me parece que habré de recurrir a otro medio —gruñó Jub.

Sacó la pistola temporal. Consultó su reloj y halló que habían pasado ya doscientos diez segundos desde la explosión de la nave.

Graduó el tiempo de la pistola para tres minutos y veinte segundos. Luego apuntó a la planta.

El vegetal se situó inmediatamente en el momento temporal separado por solo diez segundos de la explosión de la nave. El extremo del primer tentáculo quedó a unos centímetros del tobillo de Actea.

—¡Arriba, pronto!

Actea no se hizo repetir la orden. Agarró la mano que le tendía Jub y echó a correr a su lado, buscando ambos el espacio libre, fuera del bosque. De nuevo volvió a chillar Actea.

Como estaba agarrada a Jub, tiró de él. Jub se detuvo en seco primero y luego cayó al suelo.

Miró a la joven y se echó a reír.

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo ella, muy enojada.

Jub se puso en pie.

—Lo siento —contestó—, pero me parece que vas a tener que prescindir de uno de tus mayores atractivos físicos.

—Aquí, en Yassor, me siento como si fuese la mujer más horrible del mundo —contestó ella acremente.

—Una mujer es una mujer siempre, guapa o fea —dijo Jub en

tono sentencioso.

—¿Lo crees así? —preguntó ella con gesto hiriente.

—Lo dicen otros —respondió Jub sin inmutarse. Sacó el cuchillo y añadió—: Tienes un pelo precioso y es una lástima cortarlo, pero te encontrarás mucho más cómoda. En Yassor y en nuestras circunstancias, el pelo largo no es sino un estorbo.

Ella lanzó un suspiro.

—Eso es lo que estoy viendo —contestó.

Su frondosa cabellera se había enredado en unos espinos. Resignada, hubo de aceptar la mutilación.

Minutos más tarde, tenía el pelo tan corto como un muchacho. Miró el resto, caído entre las espinas.

—Quémalo, Jub —pidió con voz crispada.

—Desde luego.

Jub disparó una descarga térmica que incendió los mechones de pelos instantáneamente. Luego siguió andando.

Ella se le emparejó en el acto. Llegaron a la llanura y se detuvieron a prudente distancia de la nave destrozada.

Todavía desprendían los restos una gran cantidad de calor. Ya no quedaba nada con forma; solo había un enorme montón de metal fundido, al rojo vivo aún en su mayor parte.

Jub se convenció de que no podía salvar nada del naufragio. Luego paseó su vista por la planicie.

—Este lugar no es bueno para acampar —dijo.

—¿Por qué? —indagó Actea.

—No hay agua —respondió Jub sobriamente—. El sitio ideal sería una cueva en una ladera y a orillas de un río. Tendríamos agua constantemente y la cueva nos protegería no solo de las inclemencias del tiempo, sino de los posibles ataques de las fieras dañinas.

—Está bien —dijo Actea—. Tú tienes experiencia en estos casos, ¿verdad?

—Ninguna —replicó el joven—. Prefiero no desilusionarte, pero jamás me he encontrado antes de ahora en una situación semejante a la actual. Nos esperan días muy difíciles, Actea.

—Sí, Jub.

—Y llegará el tiempo en que se nos hagan interminablemente largos.

Actea apretó los labios.

—Tal vez, Jub —admitió secamente, mientras su pecho se agitaba con fuerza—. ¿Vamos?

—Sí, será lo mejor —contestó Jub.

De nuevo rompieron la marcha. Esta vez, sin embargo, sus manos estaban separadas.

* * *

Jub llegó a las cercanías de la cueva y arrojó al suelo el venado que había cazado dos horas antes. La hoguera ardía precariamente, pero no había motivos de preocupación por ello. La madera abundaba y Jub contaba con su pistola térmica.

El arma se recargaba mediante la exposición a los dos soles de Yassor. Bastaba media hora de exposición para tener la batería completamente cargada. Ello permitía doscientos disparos sin necesidad de recargar nuevamente.

La joven no estaba a la vista.

—¡Actea! —llamó.

Ella contestó desde unos cien metros de distancia.

—¡Estoy terminando de bañarme, Jub! ¡Voy enseguida!

Jub recogió ramas y las amontonó sobre las brasas. Una descarga térmica avivó el fuego de inmediato.

Luego preparó el asador. A continuación, empezó a despellejar la pieza cobrada.

Actea llegó minutos más tarde, con el pelo todavía mojado. Una pierna del venado daba ya vueltas en el asador.

Jub le señaló una bolsita de piel, construida por él mismo, que yacía a un lado de la entrada.

—Ábrela y mira lo que hay dentro —indicó.

Actea obedeció.

—¡Sal! —exclamó, gozosamente.

—Sí. He encontrado un lago salado. Las orillas están cubiertas materialmente de sal. Esto mejorará nuestra dieta.

—Ha sido una suerte, Jub. Estaba empezando a hartarme de carne sosa e insípida… y frutas, naturalmente.

—Hoy trataré de pescar —manifestó Jub—. Yassor tiene un ciclo orbital muy aproximado al de otros planetas y me da la sensación de que el verano se está acabando. Como no sabemos si el río se

helará o no, procuraremos que el invierno no nos encuentre desprevenidos de víveres.

—Los conservarás en sal, naturalmente.

—Sí, no nos quedará otro remedio. Además, me parece que he visto un campo de tubérculos comestibles. Eso podría proporcionarnos féculas, que también nos hacen falta…

—Jub —dijo ella de pronto.

—Sí, dime —contestó el joven.

Actea estaba sentada sobre sus talones, con las manos sobre los muslos. Le miró fijamente y dijo:

—Jub, ¿por qué no hacemos más que hablar continuamente de comida? ¿Es que no hay otros temas de conversación? Llevamos aquí cinco o seis semanas… y apenas hemos hablado de otra cosa.

—Estamos tratando de sobrevivir, Actea —respondió Jub—. Nos hallamos en las mismas condiciones que nuestros primitivos antepasados, hace centenares de siglos.

—Sí, con una salvedad —dijo ella.

—¿Cuál? —preguntó Jub.

—Nuestros antepasados sabían que podían perpetuar la especie.

Jub guardó silencio. Al cabo de unos momentos, dijo:

—¿Lo ves? No podemos hablar de otra cosa, Actea.

Ella meneó la cabeza.

—Tú no tienes la culpa —murmuró.

Jub no dijo nada. Actea, al cabo de unos momentos, habló otra vez:

—Podríamos ocuparnos de la P.R.H. —sugirió.

—¿Para qué? Desdichadamente, nada de lo que hagan esos fanáticos puede preocuparnos ya.

—Tienes razón —suspiró la joven—. Solo nos interesa nuestra supervivencia… aunque, por otra parte, ¿para qué sobrevivir sin una razón poderosa? ¿Qué rastros quedarán de nosotros en Yassor dentro de cincuenta o sesenta años? Unos esqueletos que blanquearán en la ladera y…

Un sonido inesperado cortó de repente la melancólica profecía de Actea. Era un rugido de gran volumen, que anunciaba la cercana presencia de una fiera salvaje.

Actea se puso en pie de un salto. Jub olvidó instantáneamente la pierna de venado.

—Cuidado —dijo, apartando a la joven con la mano hacia el interior de la cueva—. Si se trata de lo que yo me figuro, es un león gigante.

Capítulo XII

ERA un león gigante. Atravesó fácilmente las cañas que cubrían la orilla del río y apareció ante la pareja, a treinta metros de distancia, moviendo amenazadoramente la cola.

La fiera tenía la alzada de un caballo. Aunque la cueva estaba situada a unos veinte metros sobre el río, la pendiente de la ladera no era tan acentuada que el león no pudiera salvarla en cuatro saltos.

Bastarían dos zarpazos para destrozar sus cuerpos. Un solo mordisco sería suficiente para decapitarlos o partirles en dos.

Jub desenfundó lentamente la pistola temporal. Desconfiaba de la térmica, dado el volumen de la fiera.

El león movió la cola, rugió y, de súbito, se lanzó hacia adelante.

La pistola soltó una descarga temporal. El león se encontró de nuevo a treinta segundos escasos del momento en que había iniciado su ataque.

Volvió a rugir y a hacer acto de presencia. Atacó de nuevo y, por segunda vez, Jub lo envió entre las cañas.

—Mándalo a una hora de distancia —indicó Actea.

—No puedo. Cuanto mayor es el tiempo de retraso, mayor es también la energía consumida por el arma. Y no puedo correr riesgos quedándome sin carga en la pistola.

Un tercer intento del león fracasó de la misma manera. Después de varios intentos más, la fiera rugió sonoramente, dio media vuelta y se alejó trotando.

—Se va sin saber lo que le pasa —sonrió Actea—. Jub, ¿por qué

en lugar de retrasarle su campo temporal, no se lo has adelantado?

—Entonces, lo habría situado devorando nuestros cuerpos —contestó él.

Actea se estremeció.

—¡Caramba! ¡No había dado en ello!

Jub dio otra vuelta a la pierna de venado.

—Hoy comeremos bien —pronosticó—. Empiezo a tener hambre. Solo hay una cosa que me disgusta.

—¿Cuál? —quiso saber ella.

Jub se frotó la mandíbula.

—Tu exprometido se olvidó de dejarme una caja de pasta depilatoria.

—Pues… mira, no estás tan feo como crees —dijo Actea.

—¿De veras?

—Sí. Estamos las mujeres tan acostumbradas a ver a los hombres rasurados, que yo creo que un hombre con barba tiene mayor atractivo.

—Siempre que no se trate de un tipo llamado Jub Desland.

Actea dejó de sonreír en el acto.

—Jub, debiéramos proscribir este tema en nuestras conversaciones —dijo.

Jub hizo un movimiento de cabeza.

—Sí, es lo mejor —suspiró.

* * *

Los días pasaban lentamente. La cueva había sido acomodada y el suelo estaba cubierto de pieles de las piezas cobradas por Jub, quien, para economizar más que las cargas, el uso de sus armas y evitar así una posible avería, irreparable en aquellas condiciones, se había construido un arco y flechas y había llegado a adquirir una notable pericia en su empleo.

El verano pasó y vino la época de lluvias. El río creció notablemente. Luego vio una época apacible, un tiempo moderadamente cálido, precursor del invierno.

—Nevará aquí y en abundancia —profetizó él un día.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto las montañas cercanas. Están ya cubiertas de nieve hasta la mitad. En cuanto se pase este segundo veranillo, a la

semana siguiente tendremos nieve. Incluso es probable que quedemos bloqueados durante largos días.

Era preciso prepararse para la invernada. Aunque por el día hacía calor, las noches eran ya bastante frías, si bien la abundancia de pieles paliaba el problema…

Jub se pasaba el día cazando, pescando y amontonando leña. Actea, por su parte, mostraba una notable diligencia en los trabajos domésticos. Su piel había perdido la palidez que le era habitual y ahora mostraba un agradable tono tostado, que le confería un singular atractivo.

Día a día se notaba la baja de temperatura, especialmente durante los períodos nocturnos. Jub pensó que esta era la perspectiva que se les presentaba durante largos e interminables años.

Y, como había dicho Actea, ¿qué alicientes tenía la vida para ellos, si de su paso por Yassor no quedarían al cabo de los años más que dos esqueletos blanqueando al sol en la ladera?

* * *

La noche era cristalina. Una hoguera ardía delante de la cueva con alegres llamaradas. En el cielo, brillaban las estrellas con una nitidez extraordinaria.

Había, sin embargo, una cierta iluminación: Yassor contaba con tres pequeños satélites, de unos mil kilómetros de diámetro el mayor, que orbitaban juntos y derramaban sobre la superficie del planeta una buena cantidad de luz reflejada de las dos estrellas que lo alumbraban.

Jub abandonó la cueva y se separó unos pasos, situándose en zona oscura. Levantó la vista y contempló las estrellas.

Al cabo de un rato, oyó a su lado la voz de Actea.

—¿Qué estás mirando, Jub?

—Las estrellas —respondió él—. Allá, a decenas de años luz, está Ciudad Central.

—Naciste allí, ¿verdad?

—Sí, en el Laboratorio Máximo.

—Te destinaron a funcionario desde un principio.

—Así es.

—Y… ¿no podrías cambiar de destino?

Jub se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Nunca, sin embargo, me he planteado la cuestión.

—Pero… debe de ser horrible el hecho de que, antes aún de abrir los ojos, se sepa cuál ha de ser el destino de una persona. Eso no sucede con nosotros, Jub.

—Mi destino no se decidió en los aparatos del laboratorio, sino a los pocos años, después de un detenido estudio de mis condiciones psíquicas y físicas. Y tampoco fue una decisión ejecutiva, sino meramente indicativa. Podía haber cambiado de oficio al llegar a la mayoría de edad.

—Y no lo hiciste.

—No. Resultó que me gustaba ser policía.

Ella sonrió.

—En resumen, eras partidario de la vida aventurera.

—Sí, aunque a veces, la vida de un policía consta de períodos de interminable rutina.

—Pero siempre surge lo inesperado y eso rompe la monotonía de la existencia, ¿verdad?

—Cierto.

Actea meneó la cabeza.

—Aquí estamos entrando ya en la rutina y en la monotonía —dijo melancólicamente.

—Es cierto, pero ¿qué podemos hacer para evitarlo?

Callaron un momento. Al cabo de unos segundos, Actea preguntó:

—Jub, ¿por qué fracasaron siempre los matrimonios entre un hombre-L y una mujer normal?

—No lo sé. Como no intenté casarme nunca, carezco de experiencia sobre el particular.

—Entonces… no has puesto nunca tus ojos en una mujer… como tal mujer —dijo ella.

Jub permaneció silencioso. Actea comprendió que él quería eludir la respuesta.

Súbitamente, a corta distancia, se oyó un fuerte aullido. Actea emitió un pequeño gritito de susto y, de un modo instintivo, buscando protección, se abrazó a Jub.

—No tengas miedo —dijo él suavemente, a la vez que le pasaba

un brazo sobre los hombros— Es solo un lobo y no nos atacará. Por ahora, no tiene demasiada hambre.

—¿Lobos? —dijo ella, aún estremecida por el susto que se había llevado unos segundos antes.

—Bueno, más o menos se les puede denominar de ese modo —El aullido se repitió, aunque algo más lejos y Jub añadió—: Ventean la nieve. El invierno está muy próximo.

—Sí —dijo ella.

Y, de pronto, los dos se miraron a los ojos.

Actea sintió de repente que se le aceleraba el pulso. Los ojos de Jub brillaban de un modo extraño a muy poca distancia de los suyos. Vio que Jub inclinaba la cabeza y no se retiró ni hizo ademán alguno para defenderse.

Los labios de Jub entraron en contacto con los suyos. Actea sintió en su cintura la firme presión de unos brazos masculinos. Mientras él la besaba, ella veía las tres lunas de Yassor por encima del hombro de Jub.

Las tres lunas empezaron a girar con rapidez, daban vueltas, muchas vueltas, giraban, giraban… y súbitamente se confundieron en una sola a los ojos de Actea.

* * *

Una espesa capa de nieve cubría el paisaje. Era difícil andar fuera de la cueva. A veces, Jub se hundía en la nieve hasta la cintura. Además, no podía alejarse demasiado, so pena de extraviarse al quedar borradas sus huellas por las frecuentes ventiscas que todavía seguían cayendo.

—¿Cuánto durará el invierno aún; Jub? —preguntó Actea, muy ocupada en remover las brasas de la hoguera.

—El tiempo realmente duro, es decir, el de nieves y hielo, varias semanas más. La estación meteorológica propiamente dicha, puede que otros tres meses.

Actea suspiró.

—Nos vamos a divertir —dijo.

Un súbito aullido se oyó no lejos de la cueva.

—Lobos —exclamó la joven.

Jub frunció el ceño. El aullido se repitió.

—Esto no me gusta —dijo.

—¿Atacan en manadas? —preguntó Actea.

—Sí, seguro.

Los aullidos se repitieron, multiplicados, a lo lejos. Segundos después, estalló un infernal concierto de aullidos y gruñidos que ponían los pelos de punta.

—Aviva la hoguera, Actea —indicó Jub—. Puede que nos veamos obligados a lanzarles ramas encendidas.

—¿Y tus armas? —preguntó ella.

—Voy a prepararlas —Jub lanzó una mirada hacia arriba. El cielo tenía un color plomizo, tétrico, sombrío—. Si no hay sol, me resultará imposible recargarlas una vez haya consumido las baterías.

Actea palideció, pero no dijo nada. Jub alistó las dos pistolas y esperó en la puerta.

—El primer ladrido era de un explorador —dijo—. Nos habrá olfateado y ha avisado a la manada.

Actea se puso en pie. Las llamas de la hoguera se avivaban con rapidez.

Dos lobos aparecieron de pronto en la nevada ladera y aullaron hacia la cueva. Conscientes de su relativa debilidad, continuaron aullando, sin atreverse a atacar.

Vinieron dos lobos más, cuyos cuerpos negreaban sobre la nieve. Poco a poco, el número de fieras iba aumentando.

Jub torció el gesto. Si la manada era de cierta importancia, agotaría las cargas de ambas pistolas.

Los lobos, por otra parte, eran enormes y tenían casi un metro de alzada por dos de largo desde el hocico a la cola. Sus colmillos crujían con siniestros tableteos.

La ladera se fue llenando de fieras, de cuyas gargantas salían innumerables aullidos. Actea estaba aterrada.

Un grupo de lobos corrió de repente hacia arriba. Jub disparó a la vez las dos pistolas. Unos lobos cayeron fulminados y otros desaparecieron, enviados atrás en el tiempo a unos minutos de distancia.

Pero aún seguían llegando más lobos. Era una concentración increíble; había cientos y cientos y su número no dejaba de aumentar.

Los muertos fueron devorados rápidamente. Pero los lobos que

llegaban tenían hambre.

Lanzaron otro asalto. Jub lo rechazó, matando a unos veinticinco y retrasando temporalmente a otros tantos.

De nuevo se reprodujo la anterior situación. Los cadáveres eran devorados por los vivos, pero había tantos, que resultaban insuficientes para saciar a todos. Jub se dio cuenta de que tenían la partida perdida a la larga.

El tercer ataque fue mucho más largo y sostenido.

El suelo, delante de la cueva, quedó literalmente cubierto de cadáveres.

Jub consultó el indicador de carga. Actea lanzó una mirada de angustia.

Ya no podrían salir del siguiente ataque. Podría matar a treinta o cuarenta lobos más y retrasar a otros tantos, pero de ahí no pasaría. El paso quedaría libre para los restantes.

Y entonces fue cuando se produjo el milagro de su salvación.

Capítulo XIII

RAYOS de fuego bajaron de las alturas, abrasando lobos a docenas. Los animales, acometidos por un pánico espantoso, huyeron lanzando aullidos de terror.

Jub y Actea estaban asombradísimos. Una nave espacial, análoga a la que les había traído hasta Yassor, aunque de mayor tamaño, descendía lentamente hacia el suelo.

—Es un milagro —dijo ella, agarrándose a su brazo con manos crispadas.

Jub dejó caer las armas y pasó un brazo por la cintura de la joven.

—Nos han salvado la vida —murmuró—, pero tal vez resulte peor.

—¿Por qué? —preguntó Actea.

—Tendremos que separarnos —contestó Jub.

—¡No! —gritó ella apasionadamente—. ¡Nunca!

Jub no quiso decir nada. La nave se había posado ya en el suelo y una escotilla se abría en uno de sus costados.

El primer ser que desembarcó no fue una persona sino un animal.

—¡«Gynt»! —gritó Jub.

El perro corrió sobre la nieve, lanzando alegres ladridos. Detrás de él saltaron un par de hombres.

«Gynt» se arrojó sobre Jub, ladrando desaforadamente. Jub reía satisfecho, mientras acariciaba la cabezota del animal.

Luego, en tanto los dos hombres subían penosamente la ladera,

cubierta de nieve y de cadáveres de lobos, «Gynt» se acercó a Actea, la husmeó un poco y luego se empinó para lamerle la cara afectuosamente.

—Te toma como amiga —dijo Jub.

—Ya lo estoy viendo —contestó Actea entre risas, mientras procuraba eludir aquellas húmedas caricias.

Uno de los recién llegados era Binos Mura, el jefe inmediato de Jub. Su acompañante era un oficial de policía y traía a la espalda una bolsa repleta.

—Desland —dijo Mura—, me parece mentira verle vivo de nuevo.

—Un poco de suerte, señor —contestó Jub sonriendo—. Ya conoce a dama Actea Kintrop, me imagino.

—Sí. Dama, celebro haber llegado a tiempo para salvarles. ¿Necesitan comida, agua, medicinas…? —inquirió Mura—. Hemos traído una bolsa con la más imprescindible…

El oficial de policía avanzó y estrechó las manos de ambos jóvenes, con la sonrisa en los labios.

—Es un placer, vicecomisario —dijo—. Dama Actea…

—Por ahora no tenemos hambre —manifestó Jub—. Comeremos más tarde, a bordo… pero casi lo más urgente para nosotros es un baño y ropas limpias, señor.

Mura asintió.

—En la nave hallarán de todo lo que necesiten —contestó—. Supongo que no dejarán aquí cosas que les puedan interesar.

—Nada —dijo Jub—. ¿No es cierto, Actea?

—Desde luego.

—Entonces, cuando quieran.

Jub recogió las pistolas y ofreció el brazo a la joven para ayudarla a descender la ladera. «Gynt» daba alegres saltos en torno a la pareja.

Mura observó que Actea parecía muy seria. Jub no ofrecía mejor aspecto. El hecho le extrañó. ¿Era que no se alegraban de su rescate?

—Señor —dijo Jub de pronto—, ¿cómo pudieron encontrarnos? Que yo sepa, solo una persona conocía nuestro paradero… y no creo que se lo haya dicho.

—El perro, Desland —explicó Mura—. Cuando sintió hambre,

empezó a ladrar. Uno de los vecinos llamó a la policía y lo recogieron. El informe llegó a mis manos cuando le eché a usted en falta. Entonces, y mientras le buscábamos, mi mujer dijo que le gustaría tener al animal en casa, donde estaría mejor que en el parque público que alberga a los animales sin dueño.

»No tenía motivos especiales para oponerme a ello, así que nos trajimos a «Gynt». Pero el pobre se pasaba el día aullando lastimeramente, apenas comía… y no podíamos dormir. Era ya un suplicio, créame.

Jub sonrió.

—Me echaba de menos —dijo.

—Claro. Bueno, como aquel tormento no cesaba y usted no aparecía, empezamos a pensar en deshacernos del pobre bicho. Entonces fue cuando mi mujer notó que siempre ladraba hacia una misma dirección. Me sugirió que lo emplease para rastrearle a usted, pero no le hice caso. ¿Cómo podía ser que un perro husmease a su amo a decenas de años luz de distancia?

—«Gynt» no es un can corriente, señor —manifestó Jub.

—Así debe de ser, porque en cuanto lo subimos a una nave, cesaron sus ladridos. Solo ladraba cuando tomábamos un rumbo que él creía equivocado y de este modo, poco a poco, nos indicó la dirección… hasta traernos aquí.

—El instinto le guio a través del espacio. Por supuesto, un perro común no lo habría hecho. «Gynt» posee cualidades que otros animales de su especie no tienen.

—Ya lo veo —suspiró Mura—, y a él pueden darle las gracias más que a nosotros… si es que se sienten satisfechos del rescate —añadió en voz baja.

Jub miró a Actea, cuyo rostro permanecía impenetrable. De pronto, la joven vaciló y se tambaleó.

Jub la sujetó con fuerza. Actea parecía próxima a perder el sentido.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mura, alarmado.

—Nada —contestó Jub—. Tal vez la emoción del rescate… —y como ella no daba señales de recobrarse, la tomó, en brazos y así llegaron a la nave.

* * *

—Las noticias que tengo no son buenas para usted —dijo Mura.

Jub se había aseado ya y cambiado de ropa. La barba estaba ahora limpia de vello.

—Hábleme de la P.R.N. —pidió Jub.

—Oh, ese es problema prácticamente resuelto. El Parlamento Máximo ha declarado a la organización fuera de la ley, determinando que sus fines son específicamente subversivos. Todos cuantos pertenecían a ella y ocupaban cargos públicos han sido depuestos. Puede decirse que, como fuerza política, ha dejado de existir. Siempre quedarán, claro, individuos y grupitos aislados que aún darán algo de guerra, pero ahora se les podrá combatir, aunque dentro de la ley, con toda dureza.

—Un buen triunfo —comentó Jub.

—Sí, pero, al mismo tiempo, ellos se han anotado otra victoria, siquiera no la hayan conseguido de un modo directo.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Jub.

Mura vaciló un instante.

—Me duele tener que decírselo, pero un día u otro acabaría por enterarse, Desland —contestó—. La Cámara Máxima ha aprobado una ley por la que se prohíben todos los matrimonios entre hombres-L y mujeres normales.

Jub bajó la cabeza.

Mura le puso una mano sobre el hombro.

—Lo siento, Desland —murmuró—. Usted no tiene la culpa de su nacimiento.

Jub continuó callado. Mientras guardaba silencio, se preguntó si, a pesar de todos los riesgos, no habría resultado preferible seguir en Yassor, Con Actea al lado, por supuesto.

Al cabo de un buen rato, preguntó:

—¿Qué se sabe de Regh Wisov?

—Oh —respondió Mura con acento intrascendente—; este es un asunto que hemos dejado a usted para que lo resuelva a su manera. Por supuesto, nadie sino nosotros conocemos la noticia de su rescate.

Jub asintió. Mura añadió:

—Wisov se llevará una buena sorpresa al verle.

—Sí, eso espero yo también —convino Jub con voz neutra.

—Oiga —preguntó Mura de repente—, ¿qué le ha pasado a la

dama Actea? Parece una chica fuerte, pero se ha desmayado…

Jub miró fijamente a su interlocutor.

—¿Es que no se lo figura usted? —contestó.

Mura abrió unos ojos como platos, pasmado hasta lo indecible.

—¡Gran Galaxia! —exclamó aturdido al comprender la causa del desmayo de la joven.

* * *

Regh Wisov se llevó una enorme sorpresa, en efecto, al abrir la puerta y ver a Jub en el umbral.

—¡Usted! —dijo, parpadeando de asombro.

—Yo mismo —contestó Jub—. Traigo una orden de detención contra usted. Se le acusa de asesinato y secuestro.

Wisov retrocedió un par de pasos.

—No hay pruebas —contestó.

—Las hay —dijo Jub, impasible—. Sobre todo, del secuestro, porque los secuestrados viven y declararán contra usted en el juicio correspondiente.

—¿Actea también?

—¿Por qué no? ¿Es que tiene la obligación de guardarle simpatías después de lo que hizo con ella?

—Soy un hombre normal. Usted es un hombre de laboratorio —dijo Wisov en tono de mofa—. Actea se habrá aburrido mortalmente en Yassor, ¿verdad?

Jub procuró mantener la calma.

—Salgamos. Este no es el momento de hablar —dijo.

—Muy bien. Voy a recoger mi manto.

Wisov se dirigió al fondo de la habitación, donde, sobre un sillón, se veía un trozo de tela de color rojo, con orlas plateadas. Se inclinó ligeramente y, de pronto, lanzó la tela a un lado.

Cuando se volvió, empuñaba una pistola atómica. Entonces una descarga térmica le abrasó el corazón.

—Siempre fuiste un traidor y no ibas a cambiar ahora —murmuró Jub, mientras enfundaba el arma.

Lanzó una mirada al cuerpo que yacía retorcido en el suelo. Dio media vuelta, salió y cerró la puerta.

* * *

El gong del visófono emitió un ligero tañido. Jub dio el contacto y vio a Actea en la pantalla.

—¿Te has olvidado de mí? —preguntó ella.

—¿Crees que eso sería posible? —respondió Jub, muy serio.

—A juzgar por tu actitud, así es. Desde que desembarcamos en Ciudad Central, no he vuelto a verte ni a saber de ti.

—Ya conoces los motivos, Actea —dijo él sombríamente—. ¿Para qué vernos otra vez? No serviría de nada.

Contra lo que esperaba, Actea no parecía demasiado enfadada. Incluso sonreía.

—Está bien —contestó la joven—. Si no quieres verme de grado, lo harás a la fuerza. Mañana, a las diez, ante el Juez-Jurado del Décimo Distrito.

Jub se sobresaltó.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a demandar por…?

Actea se echó a reír.

—Nada de eso, querido. Lee luego los periódicos… y también la citación judicial que estás a punto de recibir. Hasta mañana, Jub. A las diez, no lo olvides.

Jub cerró la comunicación, sintiéndose lleno de perplejidad. ¿A qué había querido aludir Actea con palabras tan enigmáticas?

El periódico, en efecto, se lo aclaró minutos más tarde. En grandes titulares, leyó:

> SOLICITUD DE ANULACIÓN DE UNA LEY
>
> La M.I.D. Actea Kintrop ha presentado demanda legal contra la disposición que prohíbe los matrimonios entre hombres-L y mujeres normales. La vista de la causa se celebrará mañana en el Décimo Distrito Judicial y el Juez-Jurado de dicho distrito tendrá que decidir entre la procedencia de la solicitud de la demandante o la corroboración de la ley afectada de posible derogación.

* * *

—¿En qué motivos funda usted su demanda para pedir la derogación de esa ley? —preguntó el Juez-Jurado del Décimo Distrito.

Hubo un intenso silencio en la sala, atestada de público, a pesar de que el acto, dada su naturaleza, se hacía público mediante la televisión. La expectación era inmensa, no solo en Ciudad Central, sino en toda la Galaxia, donde millones de hombres-L esperaban ansiosamente el veredicto del Juez-Jurado.

Actea se irguió lentamente, muy seria, con actitud majestuosa. Vestía discretamente, pero con la elegancia en ella acostumbrada.

—Honorable Juez-Jurado —contestó—. Mi petición está fundada en que voy a tener un hijo y su padre es, será, un hombre-L, el vicecomisario de Orden Jub Desland.

Hubo una explosión de comentarios. Actea permaneció rígida, ajena al tumulto que se había organizado en la sala. El Juez-Jurado no era el menos sorprendido por aquella respuesta, aunque sí el primero en reaccionar.

—Podrá usted demostrar sus asertos —dijo al cabo, cuando se hubo restablecido el silencio.

—Sí, honorable. Jub Desland y yo permanecimos solos en Yassor, un planeta deshabitado de seres humanos. No había allí más hombres ni mujeres, solo nosotros dos. El jefe del Servicio Secreto de Orden puede corroborar este extremo.

—Declarará a su debido tiempo —dijo el Juez-Jurado—. Pero…

—Honorable —le interrumpió Actea—, Jub Desland y yo nos casamos según el rito inmemorial de los primeros viajeros galácticos, admitido como ley a causa de haber sido costumbre durante siglos enteros. Solos los dos en Yassor, nos prometidos fidelidad, lealtad y amor mutuos mientras viviéramos. Tal matrimonio es válido, a condición de que los contrayentes lo confirmen luego ante una persona con potestad para casar a la pareja. Esa persona fue el comandante de la nave que nos rescató, a quien el Honorable Juez-Jurado podrá interrogar cuando lo desee.

—Lo interrogaré, en efecto. ¿Tiene algo más que añadir, dama Actea?

—No, honorable. Simplemente, ratificarme en mi petición de derogación de esa ley —contestó Actea.

El Juez-Jurado asintió.

—Estudiaré el caso después de los siguientes interrogatorios y tras las pertinentes consultas a las autoridades médicas. Puede retirarse la demandante.

Actea hizo una graciosa reverencia. El ujier llamó:

—Se requiere a declarar a Binos Mura, jefe de…

* * *

Jub, Actea y Mura estaban en la habitación del hotel donde ella se alojaba. La televisión estaba encendida. De un momento a otro se esperaba la noticia del veredicto.

—Y, si desaprueban mi demanda —dijo Actea—, nos iremos a…

—Jub —murmuró su jefe—, a mí me gustaría saber lo que pasó para que consiguiera romper el tabú que pesaba sobre todos ustedes. Dese cuenta, es el primer hombre-L que va a tener un hijo —añadió.

Jub asintió.

—Estimo que todo lo que les pasó a mis congéneres no fue sino una poderosa inhibición de la que no podían librarse. Eran, son, como yo, seres nacidos artificialmente, constituidos orgánicamente en un todo como los demás hombres normales, pero con la tara, digámoslo así, de saberse procedentes de un laboratorio y no de una pareja humana.

«Probablemente, y en circunstancias ordinarias, a mí también me habría sucedido lo mismo, esto es, no habría podido despojarme de esa inhibición. Pero, de repente, Actea y yo nos vimos en un mundo hostil, desierto, solos los dos, abandonados a nuestra suerte…

«Había que sobrevivir y luchamos denodadamente para ello. Lo conseguimos al precio de grandes riesgos… no hay que olvidar que casi estábamos en la misma situación que en los albores de la era humana. Pero, por otra parte, ¿para qué sobrevivir? ¿Qué rastro íbamos a dejar detrás de nosotros? ¿Unos esqueletos blanqueando la ladera?

»Nosotros queríamos sobrevivir y no solo en nosotros mismos, sino, subconscientemente, en una descendencia que asegurase, con el paso de los tiempos, la población humana de Yassor. Sobrevivir no indica solamente hacer lo necesario para alimentarse y salvar la vida de los peligros que existen en Yassor, sino también…

Mura asintió con lentos movimientos.

—Significa también tener descendencia —dijo.

—Exactamente —corroboró Jub.

Actea cogió su mano.

—Así es y así ocurrió —dijo sencillamente.

Mura emitió una sonrisa.

—Lo celebro de veras —dijo—. No saben cuánto me alegro.

El locutor de la televisión anunció de pronto que el Juez-Jurado del Décimo Distrito iba a emitir su veredicto.

La cara del Juez-Jurado apareció en la pantalla.

Entre las manos sostenía un documento de aspecto legal.

Actea se abrazó a Jub con gran nerviosismo. Mura alargó el cuello.

—…Y estudiados los antecedentes del caso y vistos los informes médicos pertinentes y las declaraciones de los testigos, declaro válido y legal el matrimonio contraído entre el hombre-L Jub Desland y la M.I.D. Actea Kintrop, con todas las consecuencias que ello entraña, no solo para ellos, sino para cualquier pareja humana que se encuentre en sus condiciones.

Mura lanzó un grito de alegría. Actea estaba pálida de emoción.

—Les felicito —dijo Mura, estrechando las manos de los dos jóvenes—. Puede decirse que han ganado el caso más famoso en muchos años.

—Nos interesa más ganar la felicidad para el resto de nuestros días —contestó Jub con sencillez—. ¿No es así, Actea?

Ella asintió en silencio. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

«Gynt» lanzó un alegre ladrido y empezó a menear la cola. Mura se despidió de la pareja.

—Tómese el tiempo que quiera de vacaciones, Desland —indicó —. No tenga prisa en volver al servicio.

—Gracias, señor —contestó Jub.

Mura se dirigió hacia la salida. Cuando alargaba ya la mano hacia el pomo, le llamó Actea:

—¿Señor Mura?

El policía se volvió.

—Diga.

Actea se volvió hacia Jub y elevó ambas manos hacia el pecho del joven. Desenganchó la insignia y luego, girando un poco, la lanzó hacia Mura, quien la atrapó al vuelo.

—No la necesita más —dijo Actea—. Mi esposo ya no es un hombre-L.

Mura sonrió.

—Estoy seguro de ello —contestó.

Y salió, mientras la pareja, despreocupada de él, se abrazaba estrechamente.

FIN

Próximo número:

Muchas gentes opinan que «ellos»

están ya entre nosotros.

Confundidos, camuflados, ocultos…

Tal vez en nuestras calles,

en nuestros centros de trabajo,

en nuestros propios hogares…

A uno cualquiera de los seres

que nos rodean habitualmente

podríamos formular la inquietante pregunta:

¿ES USTED UN MARCIANO?

Louis G. Milk